

## CORRESPONDENCIA

## GOA (Indostán)

*Exposición del cuerpo de San Francisco Javier.*

CADA doce años se celebra en Goa una ceremonia extraordinaria. Abrese la caja de San Francisco Javier, y el cuerpo, milagrosamente conservado, del grande Apóstol de las Indias y del Japón, permanece expuesto á los homenajes de los fieles durante un mes, desde el 3 de Diciembre hasta 1.º de Enero.

«Al anuncio de esta exposición, escribe el ilustrísimo Riccaz, obispo de Nagpore, conmuevese toda la India, y millares de peregrinos se ponen en camino. Goa, que en épocas normales parece un vasto cementerio, adquiere nueva vida: prepáranse y adórnanse las iglesias; improvisanse viviendas en todas partes; el alegre son de las campanas mézclase á las detonaciones de la artillería; los músicos añaden sus melodías á tan conmovedor concierto, y llegan de todas partes oleadas de peregrinos (contáronse diez mil el primer día de la exposición, y el número total durante esta fiesta de veintisiete días ha sido de trescientos mil).»

De una interesante correspondencia del ilustrísimo Garnier, obispo de Malaca, fechada en Ootocamund el 12 de Diciembre de 1890, tomamos el relato de aquellas benditas fiestas. La magnífica fotografía que reproduce nuestro grabado de la pág. 540, debémosla á la benevolencia del Rmo. Padre Tissot, superior general de los misioneros de San Francisco de Sales, de Annecy.

«Invitado (dice el Ilmo. Garnier) por el Ilmo. Valenti, patriarca de las Indias y arzobispo de Goa, á asistir á la exposición del cuerpo de San Francisco Javier el 3 de Diciembre, partí de Singapor en el *Irawaddy*.

«El 2 de Diciembre por la mañana entramos en el río que baña la ciudad portuguesa, donde nos hicieron los honores una compañía de soldados y una música militar. Visitada la iglesia de San Cayetano, contigua al palacio del Gobernador, fuimos á la del Buen Jesús, de la Compañía, en la cual se venera el cuerpo de San

Francisco Javier. Como está custodiado en la sacristía, oramos junto al sepulcro, y nos dirigimos al magnífico convento de Santa Mónica, donde había aposentos preparados para los Obispos.

«A las once y media S. E. el Patriarca vino á hacernos una visita, y encontró reunidos al Arzobispo de Bombay y á los Obispos de Hyderabad, de Meliapur, de Poona, de Cochín, de Kottayam, de Trychoor y de Malaca.

«A las cinco de la tarde comenzaron las primeras Vísperas con toda la esplendidez posible. Por la noche hubo en la ciudad magníficas iluminaciones y fuegos artificiales.

«A las dos de la madrugada del día 3 empezaron las Misas, que continuaron sin interrupción hasta igual

hora de la tarde. Acudió de todas partes multitud de peregrinos, que no bajarían de cincuenta mil. A las nueve de la mañana, desde los salones y claustros del palacio episcopal nos dirigimos procesionalmente á la Catedral. Al llegar al coro de la Metrópoli, que es una magnífica y vasta iglesia, estilo del Renacimiento, nos revestimos de capa y mitra, y empezó el desfile en esta forma: setecientos eclesiásticos en dos hileras, las Cofradías, el Gobernador, los ocho Prelados y el Patriarca con preciosa estola y magnífica capa, presentes del Sumo Pontífice. Su mitra era también muy rica.

«Al llegar al Buen Jesús era tan compacta la multitud que con dificultad pudimos abrirnos paso. Esta iglesia

es una grandiosa basílica sin columnas. En el lado de la Epístola se ve el mausoleo, exquisita obra de arte, que sirve de sepulcro á San Francisco Javier.

«En el frente hay un magnífico altar, y á los lados, otros más sencillos. A la entrada del santuario un baldaguín, sostenido por elegantes columnas, y adornado con colgaduras de seda blanca, cobija una caja de plata compuesta de tres paneles de cristal á los lados, y uno encima, también de cristal, para que pueda verse el cuerpo.

«La Misa pontifical fué celebrada con toda la pompa posible. Los ornamentos eran de un valor inestimable: los vasos para presentar las insignias son de plata



Ilmo. J. M. CLERC, de los misioneros de San Francisco de Sales, de Annecy, obispo de Vizagapatam. (Pág. 549)



maciza, lo mismo que los candeleros y relicarios del altar. Mas arriba del Crucifijo hay una imagencita del Niño Jesús. El retablo del altar, construcción del Renacimiento, llega hasta la bóveda, y en medio vese la imagen de San Francisco Javier con casulla, teniendo una mano levantada hacia el cielo, y la otra extendiéndola sobre la tierra. Es la apoteosis del Santo. (*V. el grabado de la pág. 540*). El conjunto es magnífico é indescriptible.

«El canto lo dirige el maestro de coro con una batuta de plata. Todos los canónigos llevan muceta, sortija como los obispos, y adornos de oro en el calzado.

«Después del Evangelio el Ilmo. Gómez Ferreira subió al púlpito, é hizo el panegírico del Santo.

«Al fin de la Misa el Patriarca dió la bendición papal. Luego los Obispos, acompañados de sus secretarios, nos dirigimos procesionalmente al sepulcro de San Francisco Javier. El Patriarca invitó á seis Prelados á que llevasen la caja, lo que aceptamos como un grande honor. Salimos de la iglesia con la preciosa carga por una puerta lateral, y pasando por el claustro volvimos á entrar por otra puerta, dirigiéndonos hacia el catafalco ya descrito. Una vez colocado el cuerpo de manera que la cabeza estuviese vuelta al altar, fué hora de abrir el relicario, que es de madera preciosa, cubierta con damasco blanco: dos largas charnelas de oro corresponden á dos cerrojos del propio metal.

«El Patriarca y el Gobernador, con una llave de oro cada uno, abrieron el relicario; quitamos la cubierta, y apareció el cuerpo del ilustre Apóstol de las Indias y del Japón. El Santo viste una casulla, de suerte que sólo queda descubierta la cabeza, que está seca, la piel de color muy oscuro, las mejillas hundidas; la talla es más que mediana. En este momento notóse un estremecimiento en la compacta multitud que llenaba la iglesia.

«El Patriarca descubrió entonces los pies y los besó respetuosamente; hizolo luego conmovido el Arzobispo de Calcuta, y yo mismo no pude contener las lágrimas al besar y tocar con mi anillo aquellos pies que recorrieron una porción tan considerable del universo para dar á conocer el verdadero Dios. Así terminó esta ceremonia, que empezó á las nueve y media. Eran las dos y cuarenta y cinco minutos de la tarde.»

Un misionero de la Congregación de San Francisco de Sales describe en los siguientes términos los restos del grande Apóstol:

«San Francisco Javier me parece fué de talla algo pequeña, pues su cuerpo apenas mide ahora cuatro pies y medio. La cabeza es grande, sin cabellos ni barba; algunas manchas negras indica que aun hay la raíz de los cabellos. Los ojos están hundidos y probablemente ya no existen. Falta la parte inferior de la nariz. La cabeza inspira veneración. Las reliquias, en su estado actual, son ciertamente una consecuencia del milagro que ha durado más de doscientos años. Mi humilde opinión es que el cuerpo del Santo empezó á secarse desde el momento en que los Jesuitas fueron arrojados de Goa.»

## CHINA

### *El Rosario del anciano*

**D**EJADME contaros, escribe el P. de Guébriant, misionero en el Su-Tchuen Oriental, la historia de un pobre anciano llamado Fueul-ye.

Según nota de los registros en que hallé su nombre, el año pasado debía tener setenta y cinco años. Muy pocos le habían conocido en otros tiempos, y nadie sabía lo que se había hecho de él en estos últimos cinco ó seis años. Sin embargo, no hace mucho que, preguntando de nuevo á algunos cristianos, uno de ellos me dijo:

—He oído hablar de un anciano llamado Fu, que vive á pocas leguas más allá de la frontera del Yun-Nan, y de quien se dice que reza las oraciones de los cristianos.

—Mas, pregunté yo, ¿hay alguna cristiandad en aquellos parajes, y la visita cada año un misionero?

—No; es un país de mala muerte, y está muy lejos de toda cristiandad. Si ese anciano vive todavía, está ciertamente no poco atrasado para con Dios.

—Pues bien, debemos hacer todo lo posible para ayudarle.

Y como mi interlocutor se me ofreciese para servirme de guía, le encargué que empezara las pesquisas con mi criado desde la mañana siguiente.

Salen, pues, los dos. Todo lo que sabían, y esto lo habían oído decir, era que el anciano Fueul-ye, caso que fuese el mismo, vivía á tres millas de un mercado. Imaginaos las marchas y contramarchas que, por falta de informes más precisos, tuvieron que hacer por esas hondonadas medio desiertas. Habiendo pasado más de la mitad del día en pesquisas infructuosas, buscaban ya otra vez el camino de Song-huy-Keu, cuando al pasar por delante de una choza aislada, un rumor inesperado hiere sus oídos.

—¿No te parece que están rezando oraciones? exclama mi criado.

—Es verdad, responde su compañero; rezan el *Ave María*.

—Y empujando ligeramente la puerta del cuchitril, se hallan en presencia de un anciano, quien de rodillas en el piso desnudo y los ojos levantados al cielo, hacía correr entre sus dedos el rosario, repitiendo el *Ave María*.

—¿No eres tú Fueul-ye? le dijeron á la vez asombrados.

—Sí, responde el viejo sin levantarse. Sí, yo soy á quien buscáis; tomaos la molestia de entrar, y esperadme algunos instantes.

Y guardando la misma posición, continúa su rezo. Acabado el último *Amén*, se levanta, y apoyándose en su bastón se dirige hacia sus huéspedes. Estos le saludan al estilo de los cristianos:

—¡Alabado sea Jesucristo!

El responde: *Amén*.

—¡Ea, santo varón! ¡Rezas con demasiada anticipación las preces de la tarde!

—¿Cómo es eso? ¿Seríais vosotros cristianos? ¡Ha pasado tanto tiempo desde que busco á alguno de ellos!



Decidme si hay todavía un Padre, para que vaya á prepararme para *morir bien*.

—El Padre está en Song-huy-Keu. El mismo nos envía para saber de ti y de tu paradero, y mañana vendrá á verte.

El anciano lloraba de alegría.

—Pero, preguntan los viajeros, ¿qué oraciones estabas rezando?

—¡Oh! responde el anciano; yo conozco muy poco la Religión. Desde mi bautismo, no he visto al Padre sino una ó dos veces; ¡y han pasado ya tantos años! Actualmente estoy enfermo, y casi no puedo dar un paso. No me queda más que un sobrino, pagano obstinado, que no permanece aquí ni un día siquiera de los muchos que componen el mes. A él poco se le da de que su tío lo pase bien ó no. ¡Temo mucho el morir mal! Así, todo el día rezo el Rosario, repitiendo el *Padre nuestro* y el *Ave María*.

De esta suerte habló el buen anciano, que desde entonces ya no teme morir mal; porque Nuestra Señora del Rosario, después de haber conservado maravillosamente en su corazón la fe y la piedad, le ha hecho hallar el guía que ha de dirigirle con seguridad por el camino del cielo.

¡Cuán inefables son las misericordias de aquella celestial Señora, en cuyos oídos se hacen resonar cada día las notas melodiosas del Santo Rosario!

## GOLFO DE GUINEA

### XIV

*Misión de Cabo San Juan*

A PENAS los Misioneros Hijos del Sagrado Corazón de María hubieron tomado posesión de aquella parte del Continente africano, cuando se vieron rodeados por multitud de indígenas, que, como atraídos por las dulzuras de la Robadora de los corazones, deseaban participar de las celestiales influencias. Los misioneros, ávidos de corresponder á la vocación que les separó de su amada patria, no perdonaban medios para atraerse las simpatías de los indígenas. Viendo la grata impresión que les causaban los augustos misterios de nuestra Religión Sacrosanta, empezaron por celebrar la Santa Misa y Rosario públicamente; entonaban algunos religiosos cánticos, que aprendieron muy pronto los salvajes; les hacían preguntas sobre su religión y sus creencias y los Padres les explicaban la verdad de nuestra fe y la falsedad de sus supersticiones; les enseñaban algo de nuestra lengua, y sobre todo les regalaban alguna copita de caña y algunas hojas de tabaco, que es lo que más gana la voluntad de aquellas gentes. Esto, como se comprende, no había de saber muy bien al enemigo común, y por lo mismo no perdonó medio para frustrar tan halagüeñas esperanzas. Censuras de los protestantes, críticas de los mal intencionados, privación hasta de lo más necesario á la vida, enfermedades de los misioneros, aislamiento absoluto por espacio de seis ó siete meses de los demás Hermanos, la muerte prematura del Superior y cabeza de aquella

pequeña familia, temor á las fieras que con frecuencia asomaban por aquellos contornos; todo, todo parece que venía á contrariar la obra de Dios y á derrumbar desde sus fundamentos la colosal obra que habían emprendido.

Sin embargo, nada de esto arredró á nuestros atletas; sabían que ésta es la marcha ordinaria de las obras de la Providencia: humillar á los que quiere ensalzar. Una de las cosas más esenciales y que ocupó por largo tiempo á nuestros Padres, fué el procurarse algun vocabulario de la lengua del país, que era el benga, pues sin saber hablar su idioma, poco ó nada se puede hacer. Ya recogieron varias nociones de los protestantes, sobre todo Catecismos, algunas Cartas de San Pablo, los cuatro Evangelios, el Génesis, etc.; pero á mas de ser todo muy incompleto, tenía el inconveniente de estar traducido al inglés, que no todos comprendían. Y nadie piense que el benga es fácil, pues que tiene harto de difícil; no hay más que fijarse en los cinco primeros versículos del cap. 1 del Génesis, que para dar una idea, pongo á continuación:

#### CAPÍTULO I

#### KAPITA I

- |   |   |
|---|---|
| 1 En el principio crió Dios el cielo y la tierra.   | 1 O juli ka Anyambe á vela oba na he.   |
| 2 Y la tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo; y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas. | 2 He yu diaka n' uvela, é diakindí nane; ivitit 's diakind' ó boho bua ndiva. Ka Hina ya Anyambe ja muva oba ya miba. |
| 3 Y dijo Dios: Sea hecha la luz. Y fué hecha la luz.  | 3 Ka Anyambe á va na, Boe é diake: na boe na diaka.   |
| 4 Y vió Dios la luz que era buena; y separó á la luz de las tinieblas.  | 4 Ka Anyambe á yens boe, na é udi boans: na Anyambe na palvakide boe ó ivitit.  |
| 5 Y llamó á la luz día, y á las tinieblas, noche; y fué la tarde y la mañana, un día.   | 5 Ka Anyambe á tuba boe na moche, ka moa tuba ivitit na bulu. Ka kolo n' uboa bia dia buhoa boa boho.                 |

Como se ve, hay para entretenerse; y ellos lo hablan con suma velocidad.

Las manifestaciones de alegría y de tristeza parecen opuestas á primera vista; quiero decir, que cuando lloran parece que cantan, y cuando cantan cualquiera diría que lloran.

Observando cierto día uno de aquellos Padres que en su llanto proferían algunas palabras, quiso enterarse de su significado, y dedujo que era una especie de cántico fúnebre con sus versículos, no exentos por cierto de poesía. He aquí algunos de ellos traducidos al castellano.

1. No te vayas donde va el sol, que no lo podrás coger.
2. Tú me has engañado, como el mayor engaña al menor.
3. Yo envío un recado á los muertos, y ellos no me vuelven la respuesta.
4. Si tú comes allí, guárdame para mí.
5. No andes muy aprisa, para que yo no equivoque el camino y te pueda alcanzar.
6. No pongas tu casas fuera del camino, para que cuando yo venga le encuentre pasando por el mismo.
7. Tú y yo somos hermanos; tú te vas delante; ¿por qué me dejas?
8. Yo lloro á ratos, porque no puedo llorar siempre.



9. Yo lloraría mucho; pero por más que llore, no te puedo resucitar, ¿pues tú ya no piensas volver...

Estos cánticos los repetían por mucho tiempo diariamente; sin duda por razón de la creencia que tenían de que el alma separada del cuerpo pasa á unas moradas invisibles, pero que no están á tanta distancia que no lo pueda oír el difunto.

Para enterarse del país y aprender cuanto antes algo de las diversas lenguas que en él se hablan, emprendieron los misioneros con éxito favorable, distintos viajes por aquellas costas. Digo con éxito favorable, porque, merced á ellos, pudieron ya á principios del 86 dar un estado bastante completo de nuestras posesiones en aquel Cabo. He aquí algunos de los datos que en sus excursiones pudieron recoger.

Sobre la extensión del país nos decían que desde Iboto, límite alemán en la costa de Camerones, hasta la Aduana francesa de Buene, sin contar el largo trecho que nos disputan los franceses, que es desde este punto hasta el río Munda, habrá unos cien kilómetros de costa, con una muy considerable extensión de terreno hacia el interior. Las poblaciones más conocidas en aquel territorio anejo á la corona de España, son: Iboto, San Tomé, Inquina, Noya, Signi, Güembe, Ieke, Mayankbe, Indemba, Bongue, Iduma y algunas otras menos importantes. Inútil es querer fijar el censo de población; pues todos los días vienen del interior nuevas familias á fijar su residencia cerca del mar. Lo que se puede decir es que el Moony y sus afluentes están poblados considerablemente. Los naturales hablan el idioma benga, pero va ya desapareciendo como ellos mismos, para ceder el lugar á la vigorosa tribu pamue, que, unidos con los vicos, van acorralando á los antiguos pobladores de aquellas costas, de modo que actualmente el dialecto dominante no es ya el benga, sino el pamue, balengue, vico, ítemos, cija y algunos otros.

Nada diremos de su instrucción, que es escasa; sin embargo, atendidos los pocos utensilios ó instrumentos de que pueden disponer, trabajan con regular perfección la madera, construyendo botes, cayescos, etc.; lo propio que el hierro, labrando cuchillos, lanzas, etc. Estas labores y la caza son las únicas faenas de los varones: las mujeres se dedican á cultivar la tierra, y extraen el aceite de palma. También podemos pasar por alto lo relativo al traje, pues allí no reinan las modas, ni el lujo que causa en Europa la ruína de tantas familias: un palmito de ropa les basta.

Tocante á religión, se puede decir que hacen ventaja á muchos blancos. Verdad que no adoran á Dios; pero á lo menos creen en su existencia. Parece que lo confunden con otros tres espíritus, á saber: los Miendes, que habitan debajo las piedras, como los sapos y escarabajos; los Mabambo, que moran en los cementerios, y son las almas de sus parientes difuntos; los Melogo, almas de los fetiques, que viven en los cuernos de los animales. A dichos espíritus les consideran autores del bien y del mal indistintamente, y por esto les dan algún culto, ofreciéndoles ciertos lugares y sacrificando en su honor algunas gallinas, cuya sangre sirve para rociarse los oferentes y cuya carne comen con avidez. Cuando enferma algun individuo de la familia reúnen los demás alrededor de su cama, y á toque de *gomo* (espe-

cie de timbal) invocan al espíritu, repitiendo con frecuencia: *Mecucu me vake* (Espíritus, venid), hasta que se imaginan conocer, mediante la ilustración de los espíritus, la enfermedad del paciente con sus causas y remedios. Esta invocación viene solemnizada con varias unciones y otros actos supersticiosos.

Respecto de los matrimonios no hay más que recordar que reina la poligamia, y que las ceremonias del tal contrato ofrecen la misma complicación que en Corisco. Una cosa llamó la atención de nuestros Padres al llegar á comprender algo de aquellos moradores, y es la forma de gobierno. Si bien es verdad que reina la monarquía hereditaria, no suceden los hijos á los padres, sino que son preferidos á los hijos, los hermanos del finado. Leyes escritas no es probable tengan; pero siguen la tradición de sus mayores, sometiendo todas sus controversias y discordias á un tribunal formado por los jefes de familia y presidida por el de la tribu. Sus fallos son ejecutorios *ad primum littere*.

El terreno de Cabo San Juan, fertilísimo como el de Fernando Poo, produce plátanos, bananos, ñames, maíz, algodón, guayaba, cacahuetes, caucho, café, cacao, tabaco y otras plantas de exquisito fruto, y es rico en maderas las más excelentes para construcciones: el bimo, que se distingue por su solidez; el unquémue, por su incorruptibilidad; el boume, por su corpulencia; la caoba, por su exquisita finura, etc., etc. Abundan también tigres, elefantes, búfalos, antilopes, puerco-espín, jabalíes, orangutanes, y no faltan perdices, papagayos, palomas, halcones, águilas, tórtolas, gaviotas y por supuesto gorriónes, etc. Tampoco faltan camaleones, lagartos y serpientes; lo mismo que en el mar tiburones, lisas, picuas, gallegos y otros peces de exquisito gusto.

Todos los bichos, al parecer, tienen allí su guarida; pero ¡ay! que no deja de tenerla también el *infernál dragón* para seducir á aquellas pobres gentes. Y ¿quien podrá desalojar á la *serpiente maldita*? ¡Ah! sólo Aquella que un día le aplastó bajo su calcañar. La variedad de idiomas, la poligamia, las supersticiones más groseras y el continuo roce con los protestantes se presentaban en un principio á los ojos del misionero como una trinchera inexpugnable, imposible de destruir. El único medio que juzgaron oportuno fué la educación de la juventud, base para la formación de familias cristianas. Por esto lo primero que se propusieron fué montar un colegio para la educación de los niños; pues que atendidos los buenos ojos con que todos les miraban, esperaban con fundamento buen resultado.

Se puso manos á la obra, en tanto que los misioneros hacían sus excursiones por los pueblos para captarse la voluntad de los indígenas. Como la voz del misionero siempre lleva y debe llevar algo de tierno y conmovedor, pronto conocieron que la fe y el temor de Dios iban abriendo brecha en aquellos cerrados corazones; tanto que á instancias de los Padres había muchos que se imponían el sacrificio de hacer una hora de camino por senderos casi impracticables, con el único fin de oír la Santa Misa y el sermón ó plática que se les hacía. Y no faltaban tampoco quienes, con gran consuelo de los misioneros, manifestaban en la hora de la muerte deseos de bautizarse.





ISLAS SALOMÓN.—Preparativos para un festín de caníbales. (Pág. 542)

Edificado el colegio, empezaron por recoger á los tiernos parvulillos que venían ó les traían del bosque: su primer cuidado era cubrir su desnudez y acariciarles lo mejor que sabían, á fin de que contentos ellos, sirvieran de reclamo para otros muchos. ¡Pobres criaturas! Todos los días se presentaban pretendientes, y cuando faltaran, bastaba salir á orillas de algún río para encontrarlos. Ya se ha hecho común en aquellos países el decir: «Vamos al río á buscar niños;» como si se tratara de ir al bosque por leña ó á coger hongos. En efecto, salen los Padres con su bote, siguen la orilla del río Noya, Otamboni, Munda, Benito ó cualquier otro: los pueblos están algo retirados de la margen del río, pero se distinguen bien desde la embarcación. Al divisar alguno arriman el bote á la orilla, saltan á tierra y se dirigen al pueblo: en un principio los habitantes escapaban á toda prisa, dejando sus chozas abandonadas, y solamente después de halagarles mucho y regalarles algo se podía conseguir depusieran el miedo: ahora ya salen á recibirles y les acompañan como en triunfo á sus moradas. Los niños todos querían ir á la Misión; pero á veces se halla tanta dificultad en arrancar el consentimiento de sus padres, que son necesarios muchos viajes. Antes de entregarlos se reúne la asamblea, compuesta de ancianos, y se discute el pro y el contra de entregar á los niños: si se inclinan por la afirmativa, se regala algo á sus encargados, y el niño se sube á la embarcación con cara de Pascuas: si resuelven que no es conveniente, no hay que darle vueltas, dejarles en paz y hasta otro día. Dejado aquel pueblo se pasa á otro, en donde generalmente es reci-

bido el misionero con las mismas muestras de simpatía y con iguales preparativos; se les expone por medio de un intérprete el objeto de la visita, y si la proposición es aceptada, pasan los niños á juntarse con sus compañeros en el bote. Así van recorriendo los pueblos de la costa, haciendo recolección de niños para llevarlos á la Misión. De ordinario, aunque el pueblo contenga muchos, sólo entregan dos ó tres; porque sirven á las mil maravillas para que en otra expedición puedan coger los que quedaron. ¡Qué bonito es ver y observar las explicaciones que les hacen para conquistarles y que se vayan con ellos! Les explican lo que hacen con los Padres, lo que les enseñan, lo que cantan; les muestran sus vestidos; les dicen cuánto les quieren todos; convencen á sus padres que deben dejarles ir, etc., etc. Y ¡qué contentos se muestran aquellos pequeños misioneros si pueden hacer partícipes á sus compatriotas de la dicha que ellos gozan! ¡Con qué satisfacción lo cuentan después en casa:

—Padre, mí coge á fulano; él no quiere viene, pero cuando yo dice bien, él pone contento y viene con nosotros. Cuando nosotros vuelve á río, mí va coge otro que todavía sienta á pueblo. ¡Oh! si mí habla, él puede cree: ya va mira; va coge más niños.

Y ¡cuántas caricias les hacen para que estén contentos! Así se ha ido formando el colegio de Cabo San Juan, que al presente da tantas esperanzas á la Misión y á la patria. Pero ¡cuántos sacrificios de parte de los misioneros! ¡Cuántas penalidades por mar y tierra! Todo sea por Dios y en bien de aquellos pobres indígenas.



## TIERRA DEL FUEGO (América Austral)

*Desembarco en la Tierra del Fuego.—La guardia contra los salvajes.—Campamento.—Un cacique.—Encuentro de una tribu peligrosa.—Lugar á propósito para la nueva Misión.*

El Rdmo. P. José Fagnano, misionero salesiano y prefecto apostólico, escribe al Rdmo. D. Rua desde Puntarenas el 17 de Marzo de 1893:

**A**YER llegué de la isla de Dawson, en la Tierra del Fuego, después de más de un mes de peligros y fatigas. El objeto principal de mi viaje fué buscar un lugar á propósito para la fundación de una Misión nueva. Hechos los preparativos necesarios, partí en nuestro barco acompañado del Rdo. P. Beauvoir, de los coadjutores Ferrando é Ibáñez, del joven Cesario Villalobos y de dos indios, uno ya bautizado, Luís, y otro todavía catecúmeno, Octavio. Luís habla bien el español y el yagán, y regularmente el ona. Octavio, que es ona, entiende, pero no habla el español, y vino como práctico para ponernos en relación con los onas del centro de la Tierra del Fuego.

El 15 de Febrero, á las tres de la tarde, desembarcamos con nuestro equipaje: tiendas, víveres y nueve caballos, y acampamos en la falda de la montaña cuya cumbre se llama Nosepic. Es el principio de una cadena de montañas que se extiende á lo largo del canal del Almirantazgo y se une á la del canal de Beagle, donde se alzan los montes Darwin y Sarmiento.

Nuestras provisiones consistían en dos sacos de galletas, dos kilogramos de pasta, azúcar, café y un poco de arroz, carne y pescado; y además una tienda para pasar la noche y repararnos de las lluvias. Para los indios llevábamos tres grandes sacos de cubiertas de lana, medallas de María Auxiliadora y algunos rosarios. Teníamos también altar portátil para celebrar Misa.

El 16 nos levantamos á las cinco, y hecha la meditación, en tanto que el P. Beauvoir celebraba Misa, se rezaron las oraciones de la mañana y luego el Rosario. A poco, ensillados los caballos, nos pusimos en marcha. Nuestro objeto era encontrar paso para llegar al río que desemboca al Norte del Cabo Peña; pero no siendo posible á causa del espeso monte virgen y de los grandes pantanos, nos dirigimos hacia Oriente. En la noche hicimos alto en una llanura donde cinco años atrás había encontrado dos familias de indios. La lluvia y el viento Sudoeste habían hecho más penoso nuestro camino, y así después de las oraciones de la noche nos echamos á dormir en nuestro lecho, que consistía en un cuero de oveja, una piel de guanaco y dos cubiertas. El sueño fué tranquilo, pues los indios en tal época del año se hallan ocupados en la caza del guanaco, en el centro de la isla. Luís y Octavio se acostaron cerca del fuego, que tuvieron encendido casi toda la noche, según el uso de los yaganes, pues en los bosques del archipiélago abunda la leña.

En la mañana del 17, continuamos el viaje hacia el Sudoeste, teniendo á derecha montañas y bosques en un terreno muy ondulado é infestado de ratones y de

talpas, á las cuales llaman *tucu-tucu* los campesinos de la República Argentina, y *cururu* los de Chile. Son de color gris, grandes como ratas, y pertenecen á la familia del conejo. Los indios las cazan fácilmente, las asan sin quitarles la piel, siendo para ellos un bocado apetitoso; no así para nosotros, que aun no hemos podido vencer la repugnancia que nos inspiran. Caminamos hasta las cinco y media, viendo constantemente, á derecha é izquierda, humaredas que indicaban la presencia de los salvajes. Pero como nuestro fin principal era llegar presto al Río Grande, para determinar el lugar conveniente para el establecimiento de la nueva Misión, no podíamos entretenernos en atraer á los fueguinos que hallábamos al paso, seguros como estábamos, por otra parte, de que apenas fundada nuestra casa vendrán á refugiarse en ella.

Por la tarde nos detuvimos en un bosquecillo junto á una laguna. Colocada nuestra tienda y dispuesto el fuego, pensábamos en preparar la comida, que se reducía á un poco de arroz, otro poco de grasa y una cebolla. Pero nuestros dos indios se dirigieron á una laguna cercana, y á poco volvieron con once patos. Todos cenaron con alegría, particularmente Octavio y Luís. Luego, rezadas las oraciones, tomamos algún descanso, alternando en hacer la guardia.

Hacer la guardia por la noche es acá indispensable, para evitar cualquier sorpresa de los indios, quienes podrían robarnos algún caballo ó matarnos con sus flechas por habernos atrevido á entrar en sus dominios. Los salvajes entienden á su manera la propiedad: cazan pájaros, guanacos y zorros en sus campos, y el penetrar en ellos individuos de otra tribu, es una especie de declaración de guerra.

Buscábamos los orígenes del Río Grande, andando siempre hacia el Sudeste, pero en esta dirección había bosques interminables, de manera que sólo al cabo de seis días de marcha á caballo, por valles y colinas minadas por las talpas, llegamos, el 22 de Febrero, á su nacimiento, á unos cuarenta kilómetros del mar.

El humo que el día anterior habíamos visto no lejos del camino nos indicaban los lugares preferidos por los onas para la caza. Pasamos el río, y á las tres de la tarde nos detuvimos en una isla abundante en pasto y en la que crecen algunos robles, los últimos que habíamos de encontrar. Luís vió á poca distancia un campamento de indios, y con Octavio fué á manifestar á los salvajes el objeto de nuestro viaje: recomendé les advirtieran que no viniesen por la noche, porque nuestros perros podrían dañarles, sino hasta la mañana siguiente, que serían muy bien recibidos.

Luís y Octavio se cubrieron con una piel de guanaco y partieron.

Entre tanto el P. Beauvoir y yo recorrimos la isla, buscando camino por donde continuar el viaje al día siguiente.

Llegaron nuestros indios al caer de la tarde, acompañados de otro indio, cacique de aquella tribu, cubierto con una piel y ensangrentadas las piernas.

Dos días antes había trabado combate con los indios de otra tribu y había perdido á dos de los suyos. Ahora al ver nuestro fuego sospechó que aquella tribu enemiga volvía á librar nueva batalla; pero luego que sup



por nuestros indios que éramos gente de paz, y estábamos dispuestos á defenderlos de quien quiera que tratasen de hacerles daño, vino alegre á nuestra tienda.

No aceptó la sopa ni la galleta que le ofrecimos, pero sí un trozo de pato asado, que comió con gusto. Luego le regalé dos mantas de lana y le puse al cuello una medalla de María Auxiliadora: le prometí pagarle al día siguiente la visita, y se retiró.

A la mañana siguiente comenzaron á llegar indios. Colocáronse en orden, hombres, mujeres y niños, mirando al altar, y comencé á celebrar Misa, quedando Luís encargado de procurar que los indios guardaran silencio. Santiguóse Luís al principiar el Santo Sacrificio, empezó á rezar el Rosario, y á intervalos volvíase á los indígenas, como diciéndoles: Yo comprendo todo esto.

Concluída la Misa y acción de gracias, el cacique me ofreció una piel de guanaco, que acepté con agradecimiento. Renovamos nuestro pacto de amistad, y acercándose los demás indios regalé á cada uno de los hombres y mujeres una cubierta de lana y una medalla de María. Concluído esto, ensillamos nuestros caballos, plegamos la tienda, y, mientras los indios observaban con gran curiosidad nuestros movimientos, para inspirarles mayor confianza monté á un indio de diez años y le paseé cerca de ellos, lo que les complació muchísimo.

Cuando estuvimos preparados, quiso Ferrando manifestarles la fuerza de las armas que teníamos para la caza y para defenderlos, disparando algunos tiros de escopeta. Mucho se maravillaron los indios; y luego tomaron ellos por un sendero y nosotros por un camino más largo, pero más á propósito para los caballos. A los tres cuartos de hora estábamos en medio de la tribu amiga, donde habían quedado los ancianos y los niños en número de cincuenta y dos. Di á cada uno una cubierta y una medalla de María auxiliadora; y prometiéndoles que les visitaría otra vez, nos disponíamos para partir cuando vimos llegar un salvaje cojo que se arrastraba difícilmente. Le hablé de muletas, le expliqué el uso de ellas, y le prometí regalarle un par. Tanto confianza logramos inspirar á los indios, que uno de ellos, de catorce años, se animó á acompañarnos, trayendo todo su haber, que consistía en un arco, algunas flechas y la manta que le habíamos dado.

Al despedirnos de ellos, fueron tan expresivos que todos querían darnos un recuerdo de su amistad, arcos ó flechas, y hasta las mujeres sus brazaletes de conchas.

Partimos, por fin, contentos por haber dado algún consuelo á esta gente; muchos nos acompañaron hasta el río. Un cuarto de hora después los perdíamos de vista, llevando con nosotros al niño mencionado, á quien pusimos el nombre del santo del día, Benicio, pues estábamos á 23 de Febrero. El muchacho parecía contentísimo de hallarse con nosotros. Era un día frío y de fuerte viento, y tuvimos que pasar la noche en un valle sin bosque que nos sirviera de abrigo. Muchas veces desperté con la idea de que se presentarían indios: los demás dormían tranquilamente, excepto el P. Beauvoir, que no pudo cerrar los ojos en toda la noche.

Al día siguiente nos levantamos temprano y conti-

nuamos el viaje, recomendando á Benicio que nos guiara al mar por el camino más breve; mas al cabo de dos horas, observando la brújula, advertí que había tomado hacia el Norte, frente al cabo Sunday, quince millas al Norte del Cabo Peñas; entonces nos dirigimos hacia el Sur.

Sintiéndose muy cansado el P. Beauvoir, manifestó deseos de descansar un poco, advirtiéndome que siguiésemos adelante, y que hallado el camino podía uno de los nuestros volver á indicárselo. Le dejamos, pues, junto á una laguna en la cual había gran número de patos, y al dar vuelta á la derecha de una próxima colina, uno de los nuestros gritó: «¡Indios, indios!» En efecto, vemos huir y ocultarse tras las ramas tres indios. Nos adelantamos, y, á unos cien metros de distancia del lugar en que se habían escondido, Luís les gritó diciéndoles que íbamos de paso, que nada temiesen. Alzóse entonces una y luego otra, y nos dijeron que andaban recogiendo leña, que los hombres estaban de caza, y que por allí no había indios.

Proseguimos la marcha subiendo la colina, y divisamos tres ó cuatro indios más; luego una de las indias que nos había seguido se pone á gritar que nos detengamos, que por aquella parte toparíamos con muchos indios que nos matarían con sus flechas. No obstante, continuamos caminando, y á poco nos hallamos frente á una tribu batalladora. Mandé adelante á nuestros indios para que les aseguraran que éramos gente de paz. Diéronles crédito, y nos acercamos y saludamos. Su número crecía poco á poco: miraban con interés nuestros caballos, y sus movimientos en torno nuestro me infundían desconfianza. Les di galleta, que aceptaron y comieron; algunas cubiertas, particularmente á los jefes, y Luís les dió á conocer el objeto de nuestro viaje y nuestro deseo de fundar casa y una iglesia, ser amigos de los indios, darles abrigo, alimentos, etc., de lo que se mostraron muy contentos. Como les preguntara entonces si conocían el Río Grande, me dijeron que distaba sólo diez millas. Sabía yo que á la margen derecha del río, cerca del Atlántico, el ingeniero inglés Julio Poper había edificado una casita para ver si por allí había oro, y que después la había abandonado. Les pregunté si dicha casa existía aún, y nos contestaron que la habían incendiado para calentarse.

Conversábamos con los indios cuando vimos venir á lo lejos al P. Beauvoir con Octavio. Pedí entonces á Ferrando que hiciera dos disparos de carabina, aparentemente como demostración de alegría, pero en realidad para manifestar á los indios que teníamos con qué defendernos si se nos atacaba.

Llegó á nosotros el P. Beauvoir, y supe más tarde que estos indios, habiéndonos visto la tarde anterior, habían querido robarnos algún caballo durante la noche; pero que no habían podido conseguirlo por hallarse atados cerca de nosotros, y custodiados por perros.

El día 25 llegamos á la ribera izquierda del río, donde llovió un poco. Era sábado: descansamos el domingo y visitamos el sitio que nos pareció conveniente para



la nueva Misión. Situado cerca de un lago, como á quinientos metros del río, está llamado á ser el puerto principal de la Tierra del Fuego, como Río Negro lo es del territorio patagónico.

El lunes visitamos detenidamente la parte inmediata al Río Grande, llamado así por ser el mayor de la Tierra del Fuego, tanto por su extensión como por el caudal de sus aguas. Corre de Occidente á Oriente, inclinándose algo hacia el Norte, cinco millas antes de desembocar en el Atlántico, once millas al Sur del Cabo Sunday, y cinco ó seis al Norte del Cabo Peña. En la barra mide tres metros de fondo en la marea baja y hasta nueve en la alta. La marea es sensible hasta á cinco millas de la costa. Los peces entran abundantemente durante la alta marea, y no pocos quedan en seco cuando aquélla baja. El mar tiene buen fondo y es suficientemente cómodo en esta orilla. Los bosques distan unos cuarenta kilómetros hacia Occidente, y unos quince hacia el Sud. Creo, pues, que el lugar es el más á propósito para la fundación proyectada.

Los onas son bien formados y capaces de instrucción. Quiera Dios que podamos pronto trabajar en prove-

## LA MISIÓN DE DOS GUINEAS Y LA ESCLAVITUD

POR UN PADRE DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO  
Y SAGRADO CORAZÓN DE MARÍA

### II

#### *Algunos rasgos de inaudita crueldad*

EL Rdo. P. Peureux nos refiere el siguiente caso: «Hace tiempo que un joven, queriendo asegurarse la posesión de las ventajas que debía á la celebridad de su padre, intentó darle muerte; mas habiendo errado el golpe, experimentó una conmoción tan violenta que perdió el juicio. El infeliz padre apresuró á consultar al fetiquista, para que recobrase la razón el hijo desnaturalizado. Contestó el hechicero que lo encontraría en la sangre de los esclavos, y el príncipe inmoló no menos de treinta.»

Otra de las horribles costumbres de estos países era el sacrificio de muchos esclavos á la muerte de los jefes



ISLAS SALOMÓN.— Un festín de caníbales. (Pág. 542)

cho de estos pobres salvajes, y mostrarles el camino del cielo.

Concluido el objeto de nuestro viaje, nos dirigimos á la bahía de San Sebastián... Ahora me prometo pasar las fiestas de Semana Santa en Puntarenas.

Reciba, reverendísimo señor, los más respetuosos y cordiales saludos de sus hijos de la Tierra del Fuego, y dignese bendecirlos.

y de los personajes más influyentes. Refiere Du Chaillu que en 1858 degollaron sesenta junto á la tumba del rey López. Con frecuencia entierran también jóvenes vivos.

Al morir uno de los parientes del rey Denis, la familia cortó la lengua á un esclavo de quince años, y lo enterró vivo junto al ataúd.

Como se comprende, mucho había que hacer para





GABÓN.—Plaza de Libreville. (Véase el texto).

suavizar estas costumbres salvajes y libertar á tantas víctimas de la tiranía. Mucho había que hacer, y se ha hecho ya, por lo menos en las poblaciones evangelizadas. Rasgos semejantes á los referidos se efectuaban todos los días, y hoy es sumamente raro oír hablar de tales horrores por estos lugares.

### *El Elizia*

En 1849 un buque de guerra capturó un cargamento de negros en el brick de comercio el *Elizia*. Otras capturas se llevaron á cabo al mismo tiempo en diferentes puntos de la costa. El Gobierno declaró libres á todos los esclavos, y les concedió un terreno. La fundación de Libreville, de la que damos un grabado en esta página, data de aquella época.

Pero ¿qué hacer de los niños? Muy sencillo; enviarlos á las escuelas. ¿Y los enfermos? Ensanche el hospital para recibirlos á todos. ¿Y los jóvenes más vigorosos? Enseñarles diferentes oficios. La Misión se encargó de todas estas obras. Además, los Padres visitaron á los recién libertados, los bautizaron, los unieron en matrimonio, y he aquí una cristiandad la más floreciente que hubo entonces en la costa occidental de Africa.

La captura del *Elizia* fué un golpe mortal para la trata. De todas partes huían los esclavos para ponerse bajo la protección del pabellón francés y de la cruz. Fundáronse las poblaciones cristianas de Santa Ana, San Juan, San Benito y San Pedro. Afluyeron los esclavos del pueblo de Denis; los de Intyo-ni-Ntyuwoa

huían por la noche, y todos los días llegaban los del cabo Estairas. Venían del Kombé, del cabo López y aun del Ogowé. Los niños se aventuraban en débiles piraguas, y al cabo de dos ó tres días de navegación se nos presentaban, ofreciéndose á trabajar á las órdenes del *minissé* de los blancos.

Este ejemplo demuestra con toda claridad que la esclavitud puede ser abolida en todas partes. En ninguna era más dura, cruel y general que en Gabón y países limítrofes; constituía la riqueza de la región. Pues bien, Francia quiso combatir la horrible trata; hizo un llamamiento á la caridad de los misioneros, y el más feliz éxito ha coronado sus esfuerzos.

### *Desarrollo de la Misión*

Un hombre de abnegación sin límites, un santo misionero, había llegado poco tiempo hacía á la Misión de Dos Guineas. De consumada prudencia, de celo digno de los primeros apóstoles y lleno de ardiente caridad con los negros, el P. Le Berre fué colaborador del ilustrísimo Besieux. Nombrado vicario general y administrador, su única ambición fué la prosperidad de la obra ya establecida. Siendo muchos los esclavos, fué preciso construir y cultivar en grande escala. Pero cedamos la palabra al Marqués de Compiègne:

«Los Padres han sabido transformar un terreno inculto en productiva huerta. Cuando nadie hasta ahora supo sacar provecho del suelo de Gabón, no obstante su fertilidad, los Padres cuentan ya en sus plantaciones árboles frutales en plena producción: goyavios,



árboles del pan, naranjos, mandarinos, limoneros y bananos: tienen mil cuatrocientos ochenta y tres cocoteros, ochocientos treinta cafetos é innumerables ananas: siembran todos los años quinientas hectáreas de yuca, otras tantas de arroz y cuatrocientas de caña de azúcar: han empezado el cultivo del cacao en dos grandes plantaciones, sin olvidar las de algodón y la vid. Por último, en el huerto cultivan coles, berengenas, chirivías, nabos, perejil, lechuga, tomates, judías y cebollas, productos vulgares, cuyos nombres indudablemente no llaman vuestra atención... pero en estos países, en que se aguarda con impaciencia la llegada del buque para comer algunas patatas; en que once meses del año ni con oro ni plata se encuentran otras legumbres que yuca y palmistas, es increíble el valor de un plato de las más vulgares legumbres de Europa.

«También en la Misión es donde únicamente se crían con éxito bueyes, cerdos, ánales, conejos, palomos, etc., que faltan absolutamente en esta colonia.»

Tomemos nota de estas palabras: «Cuando nadie hasta ahora supo sacar provecho del suelo.» No han faltado ciertamente ensayos, pues muchos comerciantes los han hecho. ¡Cuántos empleados á sueldo del Gobierno han visto frustradas sus tentativas! Muchos hicieron ensayos uno ó dos años, y por último los abandonaron.

Hoy, sin embargo, puede verse en Libreville un hermoso huerto en que se prueban cultivos bajo la dirección del Sr. Pierre. Ha logrado ya felices resultados, merced á su incontestable talento, pero también merced á los consejos de los misioneros, del P. Klaine en particular.

Prosigamos, empero, la cita: «Gracias á la gramática del Rdo. P. Le Berre y á los trabajos de los otros Padres sobre el pongüe, todos los misioneros hablan muy bien esta lengua, y así les ha sido fácil enseñar á sus discípulos, cuyo número aumenta todos los días.

«Los Padres del Espíritu Santo han publicado un diccionario pongüe, una Biblia ilustrada y diversas obras de piedad. Ahora tienen en prensa un diccionario pahuino y una gramática de la misma lengua.

«Cuentan los Padres más de doscientos alumnos gaboneses, boloes, bateques, bakeles y pahuinos, á quienes enseñan á leer y escribir, no faltando algunos que se dedican á la música. Así no es de extrañar que haya organistas y coristas, y una orquesta de veinticinco músicos, provistos de instrumentos de metal, y que ciertamente haría seria competencia á muchos orfeones de los pueblos de nuestra patria.

«La mayor parte de estos músicos, intérpretes, etc., son niños rescatados durante la campaña antiesclavista. Para no extenderme demasiado, citaré tan sólo la familia Maka. Son cinco hermanos: Luís, el mayor, es el primer comerciante de Gabón; Ignacio, el jefe de la orquesta, y al mismo tiempo presta buenos servicios como escribiente en la Secretaría de la colonia; Carlos trabaja con Ignacio en las oficinas; Víctor sigue los estudios eclesiásticos, y Perico, de solos trece años, ofrece halagüeñas esperanzas.»

Dejemos ahora al Sr. Compiègne y abramos el libro

más autorizado que se ha dado á luz hasta el presente sobre la región gabonesa, el del Dr. Barret.

«A cierta distancia del pueblo Luís, distante dos kilómetros de Libreville, levántase la Misión en una altura acariciada por las brisas del mar; sus numerosas dependencias ocupan un magnífico cuadrilátero abierto en el bosque. La iglesia es de piedra y nada deja que desear: coronanla una cruz y una campana, que fué estrenada con singular regocijo.

«Obreros apostólicos que trabajan á la vez mentalmente y con los brazos; los miembros de esta Orden práctica, con ayuda de los aprendices que han formado, trabajan la madera, el hierro y la piedra, edifican y desmontan. Han fundado en el país una escuela de agricultura é industria, de donde todos los años salen muchos negros aptos para proveer á su subsistencia.

«Todos estos operarios son libertos. A los orgullosos gaboneses se les hace muy cuesta arriba manejar el cepillo ó la sierra. Acepillar, aserrar, cavar, etc., consideran que son ocupaciones propias de esclavos. Así es que muchos mueren de hambre y desnudez en un rincón de su miserable choza, mientras gran número de los que antes fueron sus esclavos trabajan, ganan dinero, habitan casas que envidiarían no pocos obreros de Europa, y visten como verdaderos ciudadanos.

«Los misioneros recorren las aldeas más distantes para auxiliar á los moribundos; ven todas las miserias con sus propios ojos y se esfuerzan por remediarlas. Los auxilios corporales facilitan sobremanera el santo objeto que se proponen. Recibidos como médicos, acéptaseles luego como sacerdotes. La humanidad hállase de acuerdo con el apostolado; una y otro se auxilian mutuamente, y la Misión acoge todos los años por término medio de sesenta á ochenta enfermos ó pobres viejos cautivos de ambos sexos, abandonados en el bosque.»

## EN NUEVA POMERANIA

### III Y ÚLTIMO

#### LOS INDÍGENAS (*conclusión*)

##### *Supersticiones*

LA creencia en los demonios y hechiceros, en vez de impelerles á invocar contra ellos la asistencia del Creador, el benéfico To-kambinana, les ha hecho sustituir el culto del demonio al de Dios, inspirándoles multitud de groseras, degradantes y estúpidas supersticiones que sería largo enumerar. Les ha vuelto además en extremo desconfiados, inquietos é infelices, manteniéndoles en temor continuo, que les constituye en vergonzosa esclavitud.

Casi nada pueden hacer sin que teman los golpes del hado. Así cuando van, aunque sea en nuestra compañía, á un pueblo vecino en que no tienen parientes ni amigos, por nada del mundo consentirán en comer allí, pues temen que después de su partida pudieran hechizarse los restos de la comida, lo que les causaría la muerte.



En sus viajes en canoa, al comer arrojan los desperdicios al mar, procurando que vayan lejos y al fondo, pues si fuesen arrastrados á la ribera podrían ser hechizados.

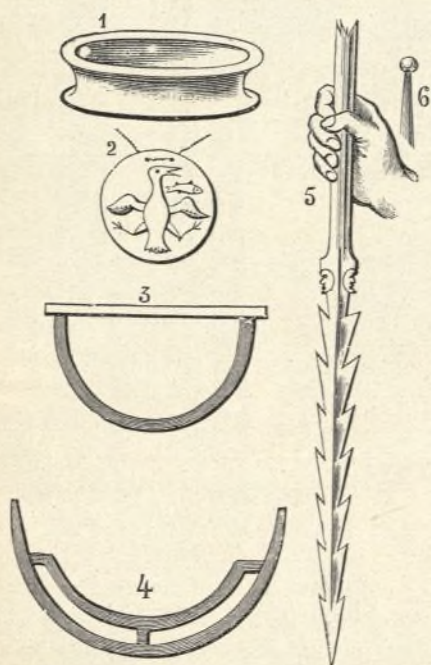


Piragua de los salómones

El reducido cuadro de esta relación no me permite describir los ritos y usos de los canacos de la península de la Gacela, especialmente en lo que atañe á los matrimonios, recién nacidos y difuntos. Muchos pormenores pudieran darse también acerca las diversas especies de *tabus* ó defensas sagradas, sobre los bailes, cantos y fiestas. Referiré por lo menos sus horribles prácticas en la muerte de los jefes superiores.

Cuando uno de ellos ha exhalado el postrer suspiro, los redobles lúgubres del *angaramont* (especie de tambor, que consiste en un tronco de árbol hueco, que golpean cadenciosamente) lo anuncian á todos los pueblos limítrofes.

Entonces empieza para la aldea del difunto un silencio sagrado que denominan *a-vinamut*. Durante un mes no se oye en él palabra, ni aun el menor ruido, salvo los ahogados sollozos de la familia. Luego llegan de todas partes multitud de hombres, armados con lanzas,



1. Brazaletes.—2. Adorno.—3 y 4. Quilla de piragua.—5 y 6. Sapaya ó lanza

que desfilan en silencio ante el muerto, casi cubierto con el *divara*, del que reciben un pedazo como regalo de la familia. El día siguiente, retirados los visitantes,

depositan el cadáver en una piragua descubierta; lo introducen en una casa angosta, en la que hacen entrar á las mujeres más allegadas del difunto, y tapan la puerta. ¡Las infelices deben permanecer en aquella prisión espantosa, al lado del cadáver en putrefacción, hasta que las carnes estén enteramente consumidas!... Se les pasa el alimento por un hueco de la pared; no pueden salir bajo ningún pretexto, y cada vez que alguien se acerca para llorar al difunto, deben prorrumpir en lamentos de dolor. ¡Si alguna de ellas muere, lo que sucede con harta frecuencia, sacan su cadáver por una brecha á propósito, y vuelven á encerrar inhumanamente á todas las demás!... Sólo cuando no queda ya más que el esqueleto, abren por fin la casa y se hacen los solemnes funerales. Entréganse entonces á festines y bailes, que duran con frecuencia más de un mes, y que se pagan con las riquezas que legó el difunto. De esta suerte creen los canacos contribuir á la felicidad de su jefe en la otra vida. ¡Desventuradas víctimas de la odiosa opresión del demonio!... ¡Ojalá cambien pronto de dueño, y experimenten cuán suave es el yugo de nuestro amabilísimo Salvador!

### Corrupción

Difícil es formarse idea de la degradación en que se hallan sumidos. Hasta tal punto carecen de sentimientos, que sin la inteligencia que todavía conservan en grado sorprendente en medio de tantas ruínas morales, se les tomaría más bien por bestias que por hombres.

Me limitaré á señalar algunos puntos de esta degradación en la península de la Gacela.

### Familia

El primero es la carencia casi completa de la familia. Cuando un joven llega á la edad de contraer matrimonio, su tío materno le compra una mujer; pero, después de su unión, los cónyuges quedan en libertad de separarse mientras se restituya el precio de compra, y entonces pueden casarse con otras.

El hombre y la mujer así unidos son poco menos que extraños el uno para el otro; ni siquiera comparten el alimento, y la mujer trabaja en las plantaciones de su marido, á condición de que la retribuya con un salario.

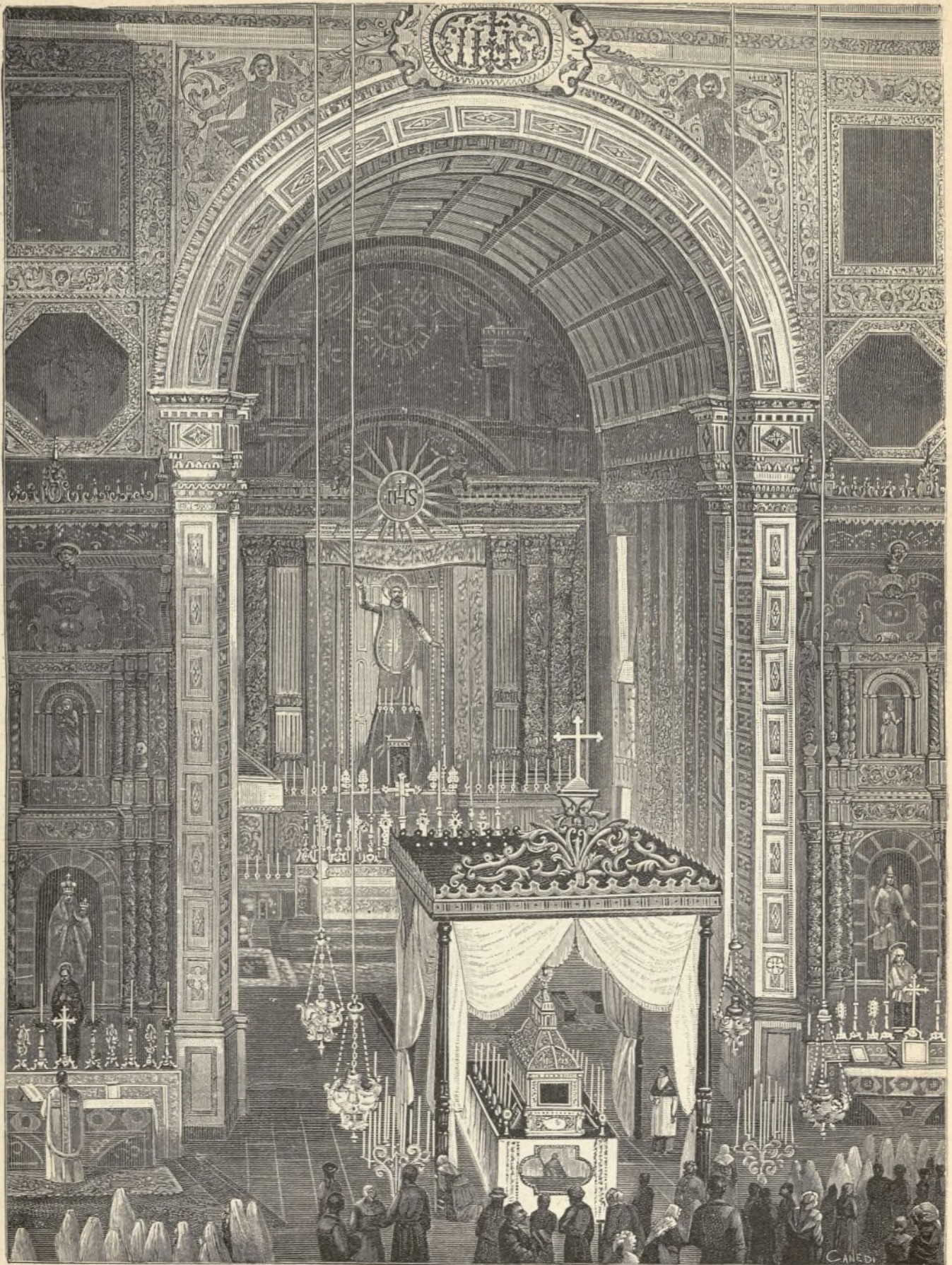
Está permitida la poligamia; pero casi nadie la practica excepto los jefes.

Lo más singular es que los hijos no pertenecen ni al padre ni á la madre: los autores de sus días no tienen derecho alguno sobre ellos. En cambio, estos infelices niños no reciben de sus padres ni caricias, ni cuidados, ni alimentos, ni herencia, ni siquiera su nombre. Así que pueden pasarse de la leche materna, entran en la casa y bajo la tutela del tío materno.

### Castas

Dos castas distintas hay en la península de la Gacela, la de los *a-temavet* y la de los *a-tematan*. Los de la primera son sus propios antepasados, su pueblo, aquellos que pertenecen á su raza, como lo indica la etimo-





GoA (Indostán).—Exposición cada doce años, en la iglesia del Buen Jesús, del cuerpo milagrosamente conservado de San Francisco Javier. (Pág. 529)



logía *a-te* (salido de); *a-vet* (nosotros). Los de la segunda son extranjeros, el pueblo de otra raza: su nombre tiene sin duda por etimología *a-te* (salido de); *tan*, (alguno, de otro).

Nadie sabe el origen de estas castas, ni explicar su razón de ser. Es de creer que sean debidas á la llegada de un pueblo extraño, que conservó su autonomía junto á los primeros insulares.

Lo indudable es que á pesar de la ausencia de toda señal exterior, los canacos de una misma región nunca confunden los *a-tematan* con los *a-temavet*. Además, observan inviolablemente la costumbre de casarse entre castas diferentes: de esta suerte, como los hijos pertenecen á la de la madre, aquéllas se perpetúan indefinidamente, sin confundirse nunca. Puede que sea ésta la causa porque los hijos son propiedad del tío materno, ó, en su defecto, del pariente más próximo en línea materna.

### Organización social

En el archipiélago Salomón algunos jefes gozan de autoridad casi absoluta y á veces tiránica. En Nueva Pomerania no hay organización social, ni jefes propiamente dichos.

Dase, sin embargo, el nombre de jefes á todos los ricos, no porque ejerzan jurisdicción ó autoridad, sino únicamente porque, en caso de guerra, pueden con sus riquezas procurarse mayor ó menor número de combatientes, y así imponer su voluntad por la fuerza. Pero en tiempos normales todas las familias, y aun los individuos en el seno de ellas, son independientes: nadie tiene facultad para dictar leyes.

### Guerra

Cuando alguno cree lesionados sus derechos, recurre primero á la discusión, y si no se llega á un acuerdo, no queda otro medio que la guerra. Entonces ambos partidos buscan aliados, que lo son en primer lugar sus parientes, y luego todos aquellos que, mediante estipendio, consienten en combatir por ellos.

Cuando todo está dispuesto, el jefe da un gran grito de carácter particular, que es la señal de la guerra; instantáneamente se repite en todas direcciones, y gracias á este género de telégrafo, en pocos minutos se sabe en muchos kilómetros á la redonda que se ha declarado la guerra.

Al instante las mujeres emprenden la fuga, y se reúnen en un mismo lugar bajo la custodia de los guerreros. Cuando el peligro es inminente se ocultan en las altas hierbas, pues saben muy bien que si las alcanza el enemigo morirán alanceadas. Por su parte los hombres corren á las armas y se agrupan.

Al encontrarse frente á frente los enemigos, cuéntanse de una parte y otra; se insultan mutuamente, y luego, enardecidos, empieza el combate entre horribles clamores.

La honda, que manejan con rara habilidad, es la primera arma que emplean, y raras veces se acercan tanto los combatientes que puedan hacer uso de la lanza, lo que únicamente sucede entre distritos habitualmente en guerra y divididos por inveterados odios.

Entre pueblos vecinos que mantienen relaciones se-



NUEVA POMERANIA.— Combate singular entre dos jefes salvajes

(Véase el texto)



guidas, y sobre todo entre canacos de una misma población, los combates son frecuentes, pero por lo regular poco mortíferos, y aun cesan así que hay algunos heridos, como lo he observado varias veces.

El jefe vencido se ve obligado, para obtener la paz, no sólo á dar la razón al jefe contrario en la causa que se litiga, sino también á pagar todos los perjuicios y los gastos de la guerra, tanto á los enemigos como á sus propios partidarios. Tiene que dar indemnización por las plantaciones destruidas, las casas incendiadas, los heridos y los muertos. Cada muerto se paga generalmente á razón de treinta brazas de divara, absolutamente lo mismo que para la compra de un cerdo.

La guerra, por lo tanto, ocasiona no pocas veces la ruina completa del jefe vencido y su familia. Así, desde que advierte que no le es favorable la suerte de las armas, se apresura á pedir la paz, para no tener que pagar cuantiosos gastos.

Cuando, á causa de su obstinación en prolongarla, los daños son tantos que no puede satisfacerlos, la paz apenas es posible, y el término de la guerra suele ser el destierro ó el completo exterminio del partido más débil.

#### *Antropofagia, esclavitud*

Los precedentes detalles sobre los indígenas del vicariato de Nueva Pomerania, dan idea de su profunda degradación. Sin embargo, puede asegurarse que lo dicho es la menor de sus miserias.

Algunos filósofos se han atrevido á hacerse apologistas del *hombre salvaje*, y por odio á la Religión, negando la realidad de la caída original y sus fatales consecuencias, han pretendido que el hombre sin Dios, abandonado á sí mismo y á sus instintos, no podía menos de ser recto y bueno.

En estos últimos tiempos los ha habido que rechazaban *à priori*, como inventada por los misioneros, la realidad de la antropofagia entre ciertos pueblos salvajes: según ellos, esto era calumniar á la humanidad, á la que juzgan incapaz de degradación semejante.

Las recientes exploraciones en el Africa Central, que han tenido tan merecida resonancia en Europa, no autorizan ya estas ilusiones, toda vez que han puesto al descubierto, en su horrible verdad, la doble llaga de la esclavitud y del canibalismo.

Así esta revelación ha suscitado en todo el mundo católico un magnífico movimiento de caridad con objeto de purgar el Africa de la esclavitud y la antropofagia, dos de las mayores vergüenzas de la humanidad y funesto fruto del pecado original.

Por desgracia estas dos plagas no existen solamente en el Africa Central, sino también en las islas de la Melanesia y especialmente en todas las del vicariato de Nueva Pomerania. Esto no es aun conocido como debiera, y así me creo obligado á insistir sobre este punto, poniendo de relieve en su espantosa realidad el carácter particularmente feroz de estos insulares, su práctica general de la antropofagia y la existencia de la esclavitud.

A pesar de los misterios que aun envuelven á estas comarcas, las pruebas son hartó numerosas y ciertas para que pueda ponérselas en duda.

Según el testimonio de todos los navegantes que han recorrido estas islas desde su descubrimiento, el de los exploradores y mercaderes que han mantenido relaciones con los insulares; el de los Padres de la Sociedad de María que han vivido once años en medio de estos caníbales y han hecho terrible experiencia de su salvajismo; por último, según mis informes personales, es permitido concluir que, salvo la isla Rook, cerca de Nueva Guinea, la antropofagia ha reinado y reina todavía en todas las islas del vicariato de Nueva Pomerania.

Todas las tribus practícanla en tiempo de guerra con todos los enemigos, muertos ó vivos, que caen en sus manos. Algunas más feroces viven de la caza continua que hacen al hombre. Estos festines de caníbales, comúnmente van acompañados de cantos, bailes y regocijos que les dan un carácter más pronunciado de crueldad, y son ocasión de escenas infernales. Finalmente, en muchos puntos la antropofagia parece tener un carácter religioso.

Véanse ahora los hechos:

Sabido es que estas islas durante mucho tiempo no fueron conocidas sino con los nombres significativos de *Tierra de la gente mala* y *Archipiélago de los Asesinos*.

Entre los antiguos mapas que se admiran en las paredes de las galerías del Vaticano, y que resumen todos los conocimientos geográficos de la época, uno hay que representa Nueva Guinea. Sus contornos, entonces desconocidos, están groseramente trazados. Al Nordeste de esta isla algunas líneas señalan la existencia de un país aun inexplorado: pues bien, esta región, que corresponde perfectamente al vicariato de Nueva Pomerania, se designa allí con estas palabras: *Terra di mala gente*, pues, en efecto, los primeros navegantes que vieron estas tierras no pudieron acercarse á ellas sin experimentar la ferocidad de sus moradores, ferocidad que, como he dicho más arriba, ha sido siempre y es aún el obstáculo que impide su exploración.

Limitaréme, no obstante, á las pruebas más recientes de esta ferocidad.

Está averiguado que en 1846 ó 1847 dos Padres y un Hermano Maristas fueron asesinados y comidos en una fiesta por los salvajes de San Cristóbal, una de las islas Salomón (1), y que los otros Padres, bloqueados en su vivienda y en peligro de correr la misma suerte, tuvieron que abandonar la isla;—que colonos evadidos de Puerto Bretón, en Nuevo Mecklemburgo (denominado entonces Nueva Francia), fueron devorados en los alrededores;—que con frecuencia negociantes de copra, instalados en diversos lugares, han sufrido la misma suerte;—que dotaciones de buques, en totalidad ó en parte, han sido muertos y comidos, lo que ha sucedido repetidas veces en fecha reciente, particularmente en las costas de Nuevo Mecklemburgo y en las islas del Duque de York. Algunos de estos buques pertenecían á la casa de comercio Hershein y á la casa Godefroy.

En 1890 cinco ó seis europeos fueron muertos en sus

(1) En las págs 545 y 548 damos algunos dibujos de objetos encontrados en esta isla.



estaciones de copra, casi todos en Nuevo Mecklemburgo. A algunos los devoraron, en particular un matrimonio con sus hijos y dos obreros negros.

El ministro wesleyano Browns—aquél á quien los canacos de los alrededores de Vlavolo le comieron uno de los *teachers* (maestro de escuela negro), y que con este motivo ha tomado en Nueva Pomerania tan terribles represalias que su nombre es aún el terror de la comarca,—refiere que un jefe de las islas Salomón le mostró uno de sus cocoteros en el que sesenta y seis incisiones atestiguaban el número de víctimas humanas guisadas y comidas en aquel lugar.

En San Cristóbal devoraron á veces veinte personas en un solo festín.

El Sr. Romilly, que hace pocos años representaba á Inglaterra en estas comarcas, asegura que en Nuevo Mecklemburgo el plato favorito es el cerebro humano mezclado con sago y coco.

Pudiera citar otros testimonios que aseguran la universalidad de la antropofagia en el vicariato de Nueva Pomerania. Daré cuenta ahora de mis personales informes concernientes á Vlavolo y la península de la Gacela.

Al llegar nuestros misioneros á Pomerania en 1882, poco tardaron en averiguar la certeza de la antropofagia, á pesar del cuidado de los indígenas por ocultarla á los europeos.

En 1884 el Padre que vivía en Vlavolo vió la mitad del cuerpo sangriento de una joven de dieciséis años, muerta durante una guerra en el pueblo vecino. Todos sus esfuerzos no lograron impedir que los salvajes se repartiesen los despojos y se los llevasen al monte, donde los comieron entre cantos y bailes.

Más tarde To-viring, jefe de Vlavolo, habiendo muerto á un canaco de un pueblo vecino, vió devorado á su sobrino en represalias.

Ahora nuestros canacos de Vlavolo, corregidos de su antropofagia, nos confiesan que no existe hombre entre ellos que no haya probado carne humana, y que esta costumbre es común á todos los naturales de los alrededores. En efecto, á poca distancia de Vlavolo, en el interior de la península, la antropofagia está aún en vigor, y se practica á la luz del día.

En Baining, á diez leguas de Vlavolo, en la costa Norte, vive una tribu sumamente feroz. Se nutre habitualmente de carne humana, y con este objeto se dedica la mayor parte del tiempo á la caza del hombre.

Según nuestros canacos, que han tenido relaciones con esta tribu, el pueblo está situado, como nido de águila, en lo más alto de una montaña, á donde no puede subirse sino escalando las escarpadas rocas de un torrente. De allí bajan multitud de hombres armados para sus abominables cazas, que duran muchas semanas. Como han hecho ya el vacío en torno suyo, se internan en los bosques, dirígense hacia los puntos que saben están habitados, examinan sus senderos, habitaciones y huertos, y espían su presa, ocultos en las hierbas. A una señal dada se precipitan sobre ella, derriban á golpes de rompecabezas á las personas mayores, y apodóranse de los niños que no puedan resistir ni huir. Llevan á toda prisa las víctimas al bosque, y son su alimento durante muchos días. Luego los guerreros continúan su caza en otra dirección.

Puede tenerse alguna idea del número de sus víctimas, por el de niños que llevan á su pueblo para hacerlos esclavos. Venden, en efecto, cierto número de ellos á los canacos de los distritos inmediatos, que los emplean en sus plantaciones: en Vlavolo conozco á una docena de ellos. Seis de los diez niños rescatados de la esclavitud y actualmente recogidos por nuestra Misión en Vlavolo, proceden de Baining.

Finalmente, á juzgar por el hecho que sigue, muchos son comidos en Baining mismo al ser mayores. ¡Los guardan al parecer como el ganado!

Pocos meses antes de mi partida para Europa, envié nuestra canoa con la esperanza de libertar á algunos de aquellos infelices. El manilés á quien encomendé la expedición, sólo encontró una niña de cuatro años. Los indígenas de Baining le manifestaron que sentían no hubiese venido un mes antes.

—Entonces, le dijeron, teníamos no pocos niños; pero, no habiéndonos permitido la pesca el estado del mar, ¡tuvimos hambre y nos los comimos!

A la antropofagia añádese la esclavitud, que al parecer es general. En efecto, se ha comprobado que la hay en las islas Salomón y en Nuevo Mecklemburgo. En la isla de Ugi, cerca de San Cristóbal, habiendo sido muertos casi todos los niños por sus parientes, reclutan la población en las islas vecinas.

Como se comprende, lo que hace más miserable la condición de estos esclavos, es la perspectiva de ser inmolados y comidos con ocasión de alguna fiesta.

Así nos proponemos rescatar á cuantos nos sea posible, educarlos en asilos que fundaremos al efecto, y más tarde confiamos formar con ellos poblaciones civilizadas.

Por término medio, el rescate de un esclavo cuesta cincuenta pesetas.

Tiempo es de terminar esta relación sobre las islas é indígenas del vicariato de Nueva Bretaña. Los detalles que contiene son más que suficientes para excitar la compasión de las almas generosas en favor de estos infelices salvajes, y espero que no dejarán de venir en su socorro por los medios que les dicte la caridad.

## VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

### II

#### Las primeras estaciones del Exodo

**P**OR aquí pasó el pueblo de Israel al huir de Egipto hacia el desierto: hemos llegado á la célebre ruta del Exodo, cuyas estaciones están todas indicadas en el capítulo xxxiii del libro de los *Números*: la ciudad nueva de Ismailia casi coincide con la segunda estación, Etham.

Seguir esta ruta hasta el Sinaí, estudiarla Biblia en mano, edificarnos al recuerdo de las maravillas del Señor y de sus divinas enseñanzas, tal es el objeto de nuestro viaje.

El fértil valle, uadi Tumilat, perpendicular al canal marítimo, que siguen el ferrocarril y el canal de agua



dulce entre Zagazig é Ismailía, formaba la parte principal de esa tierra de Gessen, en hebreo Goshen, que Faraón dió á Jacob y sus hijos (1).

Allí crecieron y se multiplicaron, y aprendieron el cultivo de la tierra y las artes de los egipcios. La tierra de Gessen fué la cuna de la nación israelítica, y el uadi Tumilat el teatro de la conmovedora escena de su partida.

El Faraón Menephtah y su corte hallábanse en Tanis, hoy San, entre Zagazig y Puerto Said. Los hebreos habíanse juntado en Ramessés, probablemente Ech-Chuqafiyeh, en el uadi Tumilat, distante una hora y al Sur del pueblo Tell-el-Kebir, ilustrado por la reciente victoria de los ingleses sobre las tropas egipcias de Arabi-Bajá. Reuniéronse allí para ofrecer sacrificios á Dios en el Desierto como á Faraón lo pidió Moisés (2), y luego se pusieron en marcha al recibir la orden, llevándose sus rebaños, sus provisiones y todo lo que pudieron tomar á los egipcios.

Sin contar la multitud de niños que les seguían, eran unos seiscientos mil hombres en estado de llevar las armas (3), lo que permite calcular en dos millones por lo menos el total del pueblo fugitivo (4).

Esta muchedumbre inmensa bajó el uadi bordeando el canal de Ramsés II, y después de unos treinta y dos kilómetros de marcha acampó en Soccoth, en hebreo Succoth, localidad próxima á la ciudad de Pithom, cuyas ruínas el Sr. E. Naville ha descubierto recientemente en Tell-el-Maskuta. El día siguiente llegaron, siguiendo el canal, á la orilla occidental del lago Tim-sah. Obligados á darle vuelta, parece verosímil que tomaron la dirección del Norte, para acercarse á la tierra de Canaan: encontraron en la punta septentrional del lago la muralla construida por los Faraones del antiguo Imperio, reparada por Ramsés II (5), para contener las insurrecciones de los bárbaros, y acamparon en un lugar llamado Etham, indicado tal vez por uno de los fuertes de la línea de defensa. Sin que pretendamos precisar el lugar, haremos notar que las alturas de la entrada del canal marítimo, coronadas por el hospital, antiguo chalet del jefe, ofrecían un magnífico campamento á los israelitas. Por lo demás, están perfectamente en el extremo del desierto, como expresa el Sagrado Texto (6), pues los señales de antiguos cultivos no se extienden más lejos por la parte de Levante.

Santa Silvia visitó todos estos lugares al volver del Sinaí. Mostráronle Etham, que se encuentra en el límite del desierto, y también Soccoth, una colina en medio de un valle; Pithom, que era entonces un fuerte (*Castrum*); Hero, en donde, según la versión de los Setenta, José salió al encuentro de su padre Jacob: había allí una población numerosa. Doce millas más lejos encontró Ramessés, que ya sólo eran vastas ruínas, sin ninguna habitación ni otro monumento que dos grandes estatuas labradas en una sola piedra tebana. Continuó su camino hasta la ciudad episcopal de Arabia, distan-

te cuatro millas, y en dos jornadas por cerca de uno de los brazos del Nilo, llegó á Tanis.

La ilustre peregrina, contra su costumbre, no expresa las distancias entre las localidades de Soccoth, Pithom y Hero, que encontró sucesivamente en su camino hacia el Oeste, y esto nos permite suponer que estarían muy próximas. Los descubrimientos del Sr. E. Naville (1) confirman esta suposición, que abona también la comparación de la versión copta de la Biblia con la de los Setenta: la primera señala el encuentro de José con su padre en Pithom, mientras que la segunda la supone en Hero ó Heroopolis, y una piedra miliar, descubierta por el Sr. E. Naville, revela que esta última ciudad estaba á nueve millas al Oeste de Pithom.

Soccoth, á lo que parece, no era una ciudad, sino más bien un distrito, una localidad.

Las excavaciones del Sr. E. Naville nos muestran Pithom como un arsenal, un almacén de abastecimiento para las tropas encargadas de custodiar la frontera, defendida por fuerte muralla. Pithom y Ramessés son, en efecto, designadas en el texto hebreo *aré miskanot*, (literalmente, *ciudades de almacenes*); en los Setenta, *ciudades fortificadas*, y en la Vulgata, *urbes tabernaculorum* (2).

A corta distancia de esta plaza fuerte, por la parte de Egipto y como al amparo de sus muros, se fundó una ciudad llamada Hero ó Heroopolis, y que durante mucho tiempo dió su nombre al golfo de Suez, conocido entre los griegos por golfo Heroopolitano.

El año 1884 visitamos en Ech-Chuqafiyeh vastas ruínas que creemos son las de Ramessés: su situación, extensión y aspecto general corresponden exactamente á las indicaciones de Santa Silvia, y recuerdan las ruínas de Pithom, la ciudad hermana (3).

Arabia ha dejado pocas huellas en la historia, y no la menciona ningún escritor de los anteriores á Santa Silvia. Julio Honorio la llama *Arabia oppidum*, *Fossa Trajani oppidum*, dándonos á entender con esto que se levantaba junto al canal de Nekao, reparado por Trajano. Las ruínas de Tell-Abassiyeh indican tal vez su emplazamiento.

Si los hebreos al partir de Etham se hubiesen adelantado hacia el Norte y Poniente, habrían encontrado en breve á los filisteos, que por la parte meridional de Palestina bajaban al desierto limítrofe de Egipto. «No guió Dios al pueblo de Israel por el camino de los filisteos, aunque era el más corto; considerando que tal vez se arrepentiría al ver que le movían guerras, y se volvería á Egipto; así los condujo rodeando por el camino del desierto, que está cerca del mar Rojo (4).» Vuelven, pues, atrás, bajan por el Mediodía, llegan al extremo del mar Rojo que Isaías (5) llama *linguam maris Egypti* (la lengua del mar Rojo), y nosotros el golfo de Suez, continúan su viaje hacia el Sur por la orilla occidental, hasta el campamento que les había

(1) Gen. XLVII, 6.

(2) Exod. VI, 3.

(3) Exod. XII, 37, 38.

(4) V. más adelante, c. VI.

(5) Chabas, *Papyrus de Berlin*, pap. I.— Véase Diodoro de Sicilia, I, 57.

(6) Num. XXXIII, 10.

(1) *Eygp. Exploration Fund, first general meeting*. Discurso del Sr. E. Naville.

(2) Exod. I, 11.

(3) *L'Egypte. Souvenirs bibliques et chrétiens*, págs. 114, 115 y 123.

(4) Exod. XIII, 17, 18.

(5) Cap. XI, 15.



fijado el Señor, y que la opinión más admitida supone cerca de Suez.

Hacemos este camino en ferrocarril al través de una llanura en general inculta. Unicamente las extremidades de ella y las orillas del canal de agua dulce ofrecen algún verdor.

A mitad del camino corre la vía entre los lagos Amaros y una cadena de colinas roqueñas pintorescamente recortadas, hermoso paisaje del desierto, en donde uno se representa con emoción la inmensa columna de los hijos de Israel apresurando su huida, y contemplando ansiosos las aguas que los separan del desierto de Oriente, los majestuosos picos del monte Attaka, que aparecen azulados al mediodía contra la orilla del mar, y que en breve han de interceptarles el paso. Moisés, venerable anciano de ochenta años, reanima la confianza de su pueblo, le recuerda las maravillas que ha hecho el Señor para salvarlo, y les muestra la soberbia caja egipcia en la que llevaban la momia de José su abuelo. «Voy á morir, dijo José á sus hermanos; pero Dios os visitará, y os sacará de esta tierra de destierro para la que tiene prometida á Abrahán, Isaac y Jacob. Juradme que transportaréis á ella mis huesos (1).»

### III

#### El paso del mar Rojo

La ciudad de Suez ocupa una punta de tierra en la orilla occidental del mar Rojo, entre el extremo del golfo y una laguna que lo prolonga al Norte unos seis kilómetros. Al Sudoeste se levanta la imponente masa del monte Attaka. Sus peñas casi inaccesibles forman la playa por este lado, á unos doce kilómetros de la ciudad, dejando únicamente un sendero á orillas del mar. En la oriental del golfo sólo se ve una playa poco escabrosa, y en frente del monte Attaka, á igual distancia, un pequeño oasis, Ayun-Muca (*las Fuentes de Moisés*).

La arena, las hierbas marinas y los corales invaden cada vez más el extremo del golfo, y ha sido ya preciso que funcionen las dragas para que las embarcaciones puedan llegar al muelle de Suez durante el reflujo; la ciudad tiende manifiestamente á adelantar por la parte del mar, para conservar las relaciones marítimas que le dan vida. En vano se buscan en ella antigüedades. Las ciudades que la precedieron, Kolzim en tiempo de los árabes, y Klysma en el de los griegos, deben encontrarse ahora en el interior, pues evidentemente el enarenamiento de la extremidad del golfo no es cosa nueva, y las mismas causas han debido en todo tiempo producir los mismos efectos. Sin embargo, estos antiguos puertos no están muy lejos, toda vez que el itinerario de Antonino Augusto (211-217) cuenta sesenta y ocho millas desde Hero á Suez, pasando por Serapeo, lo que á corta diferencia es la distancia de Suez. Por lo demás, á treinta minutos al Norte de esta ciudad, vense ruínas llamadas Tell-Kolzum, nombre que recuerda el puerto de Kolzim, citado por el historiador Abulfeda.

Santa Silvia nos revela que la tradición cristiana del

siglo IV fijaba cerca de Klysma el paso milagroso de los hijos de Israel por el mar Rojo. Antonino Mártir, Cosme Indicoplenstes en el siglo VI y muchos otros peregrinos de los siguientes se hacen eco de la misma tradición. Los documentos egipcios guardan silencio acerca el particular. «No es de creer, dice Manuel de Rougé, que los egipcios consignaran nunca el recuerdo de las plagas ni el de la catástrofe terrible del mar Rojo, pues sus monumentos rara vez consagran el recuerdo de sus derrotas (1).» Los historiadores profanos de Grecia y Roma nada nos dicen de los lugares que investigamos, pues todas sus historias del Egipto las tomaron de los documentos del país. La Biblia, la tradición cristiana de los primeros siglos y la conformación de los lugares en el extremo septentrional del mar Rojo, son casi los únicos medios de que se dispone actualmente para lo-



ARCHIPIÉLAGO SALOMÓN.—Estatuas picadas, halladas en la casa de Fashua, en San Cristóbal. (Pág. 542)

calizar el brillante prodigio, símbolo de la redención futura, que para siempre hizo pasar á los hijos de Israel desde la más dura de las servidumbres á la libertad de hijos de Dios.

«Habló, pues, el Señor á Moisés (cuando el pueblo se hallaba en Etham), diciendo: Da orden á los hijos de Israel que vuelvan á su camino, y acampen frente de Phinaihiroth, que está entre Mágdalo y el mar, delante de Beelsephon: á la vista de este lugar sentaréis el campamento junto al mar. Porque Faraón va á decir de los hijos de Israel: Están estrechados del terreno, y cerrados de los montes del desierto. Y Yo endureceré su

(1) Genes. v, 24, 25; Exod. XIII, 19.

(1) Moise et les Hebreux.



corazón, y os perseguirá; con lo que seré glorificado en Faraón y en todo su ejército, y conocerán los egipcios que Yo soy el Señor (1).»

Apenas se advirtió que los israelitas cambiaban de ruta al salir de Etham, y que descendían hacia el Sud en vez de continuar en dirección del Oriente para ir al desierto á ofrecer sus sacrificios, «avisaron al rey de los egipcios que el pueblo iba huyendo, y trocóse el corazón de Faraón y de sus servidores en orden al pueblo, y dijeron: ¿En qué pensábamos al soltar á Israel para que dejara de servirnos? Al momento hizo uncir los caballos á su carroza, y tomó consigo á todo su pueblo, y llevó seiscientos carros de guerra escogidos y todos cuantos encontró al paso, todos con su conductor (2). Y fué al alcance de los hijos de Israel, y los halló acampados junto al mar (3).»

Probablemente al salir la luna, á las once de la noche, los israelitas, alzando los ojos vieron en pos de sí á los egipcios, «y se amedrentaron sobremanera y clamaron al Señor, y dijeron á Moisés: ¿Acaso faltaban sepulturas en Egipto, para que nos hayas traído á que muriésemos en el desierto?...

«No temáis, les respondió Moisés: estad firmes, y veréis los prodigios que ha de obrar hoy el Señor; pues esos egipcios que ahora estáis viendo, ya nunca jamás los volveréis á ver... En esto alzándose el Angel de Dios, que iba delante del ejército de los israelitas, se colocó detrás de ellos, y con él juntamente la columna de nube; la cual dejada la delantera se situó á la espalda, entre el campo de los egipcios y el de Israel; y la nube era tenebrosa por la parte que miraba á aquellos, al paso que para Israel hacía clara la noche, de tal manera que no pudieron acercarse los unos á los otros durante todo el tiempo de la noche (4).»

Moisés por orden de Dios levantó la mano y extendió sobre el mar la vara milagrosa, que en el monte Horeb le trocó el Señor en serpiente para confirmar la Misión de su Siervo (5); la misma que obró tantos prodigios en presencia de Faraón (6). Al momento se abrió el mar por en medio, y soplando toda la noche un viento recio y abrasador, lo dejó en seco, y las aguas quedaron divididas. Así los hebreos pasaron al otro lado del golfo, teniendo las aguas como por muro á derecha é izquierda. Dios les había salvado.

Al romper el alba los egipcios vieron con estupor que se les escapaban sus esclavos, y entraron en medio del mar tras ellos con todos los carros y jinetes. «Extiende tu mano sobre el mar,» dijo el Señor á Moisés... Y he aquí que las aguas se volvieron á su sitio, sumergiendo los carros y los jinetes de Faraón. Todos perecieron; ni uno siquiera se salvó. El Sagrado Texto, sin embargo, no dice que Faraón muriera en las aguas, y la historia cuenta que Menephtah reinó aún algunos años.

(1) Eód. xiv, 1-4.

(2) En las pinturas egipcias se ven dos caballos uncidos al carro de guerra, en el que hay dos hombres, el conductor á izquierda y un guerrero á la derecha.

(3) Exod. xiv, 5, 6, 7, 9.

(4) Ibid. xiv, 10, 11, 14, 19, 20.

(5) Ibid. iv, 3, 4.

(6) Ibid. vii, viii, ix.

Tratemos ahora de reconocer el teatro de esta escena verdaderamente divina.

Pihahiroth es un nombre egipcio compuesto de la sílaba Pi, que significa lugar, y Hahiroth, nombre propio de la localidad. Magdal ó Migdol equivale á fortaleza así en hebreo como en egipcio. ¿Sería tal vez uno de los fuertes de la línea de defensa construida por los Faraones contra los nómadas del desierto? Beelsephon ó Baal-Zephon es nombre semítico que parece designar una montaña consagrada al culto de Baal. Estos nombres desaparecieron desde que la invasión musulmana convirtió en absoluto desierto todos los alrededores de Suez.

En tiempo de Santa Silvia se conocían aún. La Santa nos dice que quiso ver todos los lugares por donde pasaron los hijos de Israel después de su salida de Ramessés hasta que llegaron al mar Rojo, en un lugar llamado Clesma, del nombre de un fuerte allí levantado. «Desde Clesma, es decir, desde el mar Rojo hasta la ciudad de Arabia, escribe, se cuentan cuatro jornadas (*mansiones quatuor*) á través del desierto. Encuéntrense sin embargo en estas soledades, á cada etapa, monasterios, oficiales y soldados, que nos escoltaban siempre de uno á otro fuerte. Por el camino, los santos que nos acompañaban, esto es, los clérigos y monjes, nos mostraban cada uno de los lugares que yo buscaba siguiendo las Escrituras...

«De esta suerte nos mostraron á Epauleum (que corresponde á Pihahiroth en la versión de los Setenta), y llegamos frente de Magdal, que es un fuerte con soldados y un oficial que manda por los romanos. Como de costumbre nos guiaron hasta otro fuerte, y nos mostraron á Joebelsephon, hasta donde llegamos, que es un campo junto al mar Rojo, al pie de la montaña de que ya he hablado (el monte Attaka), donde se encontraban los hijos de Israel cuando vieron detrás de sí á los egipcios y prorrumpieron en exclamaciones.»

Por lo tanto, en la desigual llanura que se extiende á orillas del mar entre Suez y el monte Attaka, la antigua tradición fija el último campamento de los hebreos en el país de Egipto. Con viva emoción paseamos por esta playa desierta, al Sur de la ciudad, considerando las maravillas que magnificaron al Señor ante Faraón y todas las generaciones futuras, y que hicieron este brazo de mar para siempre célebre.

El sitio corresponde perfectamente al grito triunfante de Faraón: «Están estrechados del terreno, cerrados de los montes del desierto (1):» un callejón entre el mar y montes infranqueables, abierto solamente por el Norte. Viniendo el ejército egipcio por este lado, cerraba á los hijos de Israel el único camino por el cual hubieran podido escapar rodeando la punta del golfo.

Las altas cumbres del Attaka nos representan el punto á donde se dirigían los hebreos, Beelsephon.

Por lo demás, el brazo de mar frente de la playa no es tan vasto que los hebreos no pudieran atravesarlo en cinco ó seis horas en el ancho camino abierto en medio de las aguas. Su número ascendía, como hemos dicho, á dos millones, y llevaban mucho ganado: no obstante,

(1) Exod. xiv, 3.



con un paso de ochocientos metros de anchura tenían más que suficiente para franquear en el tiempo requerido los ocho ó nueve kilómetros que de Este á Oeste separan ambas orillas del golfo, á la mitad del camino entre Suez y el cabo del monte Attaka, como fácilmente puede asegurarse por el cálculo. Con todo, no nos atrevemos á precisar el punto de la costa por donde los hijos de Israel entraron en el mar, ni aquel por donde llegaron á la orilla asiática, pues el desmoronamiento de las costas ciertamente han modificado el límite de las aguas desde el tiempo de Moisés.

## LAS MISIONES SALESIANAS

El Rdmo. D. Miguel Rua, superior general de la Pia Sociedad Salesiana, ha escrito desde Turín, con fecha de 24 de Octubre de 1893, una carta de la que extractamos lo siguiente:

**B**ENEMÉRITOS Cooperadores: La gracia de Dios sea siempre con vosotros. Acostumbrado á manifestaros lo que, en mi concepto, puede contribuir á la gloria de Dios y bien de la Pia Sociedad Salesiana, debo al presente hablaros de un asunto de grande importancia.

Cada día se advierte más y más la necesidad de misioneros. Varias Ordenes religiosas que enviaban en otro tiempo crecido número de obreros evangélicos á las Misiones, ahora, ya por los contratiempos sufridos, ya por la triste condición de los tiempos, apenas pueden sostener las prefecturas y vicariatos apostólicos confiados á sus desvelos. De aquí que de todas partes se ocurre con vivas instancias á los Salesianos á fin de que nuestros misioneros vayan á trabajar, ora en la conversión de tribus y pueblos que yacen en las tinieblas del error, ora en preservar á países y ciudades de caer en la herejía ó volver á la barbarie.

El mismo Sumo Pontífice León XIII nos anima de mil modos y nos pide el envío de nuevos misioneros.

El Señor, en su bondad, nos manda á la vez jóvenes llenos de vida y de buen espíritu, dispuestos á los sacrificios que tales Misiones exigen. Mas muchos son los gastos que exigen no sólo el educarlos, sino también el emprender tan largos viajes y hacer fructuoso su ministerio entre los salvajes. Antes que un joven llegue á ser misionero debe recibir algunos años educación é instrucción, alimento y abrigo.

Ahora precisamente se prepara una expedición numerosa y extraordinaria: deben salir misioneros para América del Norte y del Sud, para Asia y Africa, y Hermanas de María Auxiliadora, que son en todas partes auxiliares poderosas y casi indispensables para educar á las niñas del pueblo, á la manera que los misioneros á los niños.

A todos os pido encarecidamente tengáis á bien hacer vuestra esta santa obra ayudándola con vuestras limosnas.

Este año ha sido de gran estrechez para los Salesianos, y dicha expedición sería irrealizable si nuestros Cooperadores no viniesen generosamente en nuestro socorro. Entre tanto, en vista las grandes necesidades,

no hemos vacilado en organizarla, escoger los misioneros para cada punto, preparar el equipaje, etc. Pero ¿cómo prepararlo todo sin tener los medios necesarios? La Providencia es grande, y confiamos en su asistencia. La necesidad de las Misiones es urgente y extraordinaria. ¿Cómo aplazar una obra tan grata á Dios y provechosa á los hombres? No, la expedición se ha dispuesto como si nada faltara, y nada faltará. Cuando la salud de multitud de almas reclaman medidas semejantes, Don Bosco no se arredra, y nosotros le imitamos. La Divina Providencia nunca ha dejado de favorecernos; y de aquí que poniéndonos como siempre en sus manos, alentamos la confianza de que no tardará en escucharnos. ¿Pero de quién se querrá servir para ayudarnos? De vosotros, muy amados Cooperadores; porque ella quiere haceros partícipes de todos los méritos de los misioneros, daros un premio como el que reserva á los mismos, y á este fin quiere vuestra cooperación eficaz. Vuestra caridad, que nunca ha dejado de sostenernos, no nos abandonará ciertamente cuando se trata de ir á salvar millares de almas. No es, sin duda, á vosotros á quienes dirá el Señor en el día del juicio final: «Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; estaba desnudo, y no me vestisteis; era ignorante y no me enseñasteis.» ¡Oh, no! Porque todas esas obras de caridad la hacéis con los niños, y con los salvajes é infieles.

No es posible ver sin conmovirse en los países bárbaros multitud de gente sin sacerdote que los consuele con las divinas enseñanzas y regenere con los Santos Sacramentos. En circunstancias menos críticas que las presentes hemos visto hasta donde llega el heroísmo de nuestros caritativos Cooperadores: hemos visto pobres sirvientas ofrecer gustosas parte de su salario para las obras salesianas; modestos obreros concurrir con la décima parte y hasta con la mitad de sus bienes; ricos señores abrir generosamente sus arcas; ilustres damas desprenderse, por amor de Dios, de sus joyas: hemos visto quiénes sacrificaban un viaje de recreo, una diversión ó el valor de un vestido por socorrer á los misioneros; quiénes dieron sus trajes de seda para que, convertidos en ornamentos sagrados, sirvieran al culto del Señor. ¡Ah, cuán industriosa, noble y santa es la caridad! No faltarán ahora rasgos semejantes de heroísmo, y seguro estoy de que Dios moverá vuestros corazones.

Venid, pues, en nuestra ayuda, y sed los instrumentos de la Divina Providencia, seguros de que, en vez de empobrecer, se acrecentarán vuestros bienes haciendo limosna para las Misiones. Recordad estas palabras de Don Bosco: «Yo mismo, y conmigo todos los Salesianos, somos testigos de que muchos bienhechores nuestros, hallándose escasos de bienes de fortuna, los han visto acrecentarse gradualmente desde el momento en que comenzaron á ser generosos con nuestros huérfanos.»

Por este motivo, y amestrados por la experiencia, no pocos me dicen:

—Cuando hago caridad á sus pobres, no me dé V. las gracias; antes bien yo debo dárselas á V. Desde que he comenzado á socorrer á sus huérfanos, mis posesiones se han duplicado.



El señor comendador D. Antonio Cotta, al traerme frecuentemente sus limosnas, me decía:

—Cuanto más dinero invierto en sus obras, tanto más prosperan mis negocios. Veo de un modo manifiesto que el Señor me recompensa, aun en la vida presente, con el céntuplo de todo lo que doy por amor á El.

He aquí algunas noticias sobre la próxima expedición:

1. El año pasado, con la gracia de Dios, se abrió una casa en Méjico; pero siendo pequeña, algunos Cooperadores proporcionaron un vasto terreno y comenzó un edificio que podrá contener quinientos niños. Ahora se instalarán allí varios talleres, y en este año los alumnos internos llegarán á unos 250; si se cuentan los externos y los del oratorio festivo será menester duplicar el personal docente y el de maestros de artes.

2. Mons. Lasagna, que fué recibido con gran entusiasmo en Uruguay y en el Brasil, ha dado tanto impulso á aquellas Misiones que es menester mandarle buen número de misioneros, sobre todo para las Misiones del Estado de Matto Grosso, la parte quizá más necesitada del Brasil. Como sea preciso sostener tales Misiones, y allá no se encuentre el personal ni los medios pecuniarios que requieren, debemos ayudarlas desde acá.

3. Con la crisis económica y la guerra civil de la República Argentina ha aumentado allí el número de niños abandonados, y por lo tanto ha sido preciso ensanchar nuestras casas y aumentar el número de sacerdotes y maestros.

4. Mons. Cagliero vino expresamente á Europa el año pasado á buscar misioneros para la Patagonia; y ahora al volver á su vicariato conducirá los que las cir-

cunstancias permitan. La Patagonia sería en breve civilizada si nos fuera posible mandar allá buen número de misioneros con los medios indispensables. Nuestros misioneros se internarán en el Chubut, centro de la Patagonia Central, tan pronto como cuenten con recursos.

5. En Africa hace ya dos años que existe una Casa salesiana en Orán. Ahora es tiempo de dar educación á los árabes, y á este fin se ha establecido una nueva casa. Algunos de los misioneros de la próxima expedición irán con varias Hermanas de María Auxiliadora

para atender á la educación de los niños de ambos sexos.

Necesario es también aumentar el personal de Palestina, en especial coadjutores para cultivo de las tierras y enseñanza práctica de la agricultura á los niños. Todo esto requiere mucha gente y no escasos recursos. A los lugares indicados se encaminará la futura expedición, y á tales obras se destinarán vuestras limosnas. Millares de almas rogarán al Señor por vosotros, que les enseñáis el camino de salvación y les abris, por decirlo así, las puertas del cielo.

Se cuentan ya por millones las almas salvadas mediante vuestra caridad, y nuevos millones

habrán de contarse aún en lo sucesivo. La empresa es acepta á Dios, grata á la Iglesia y utilísima al bien de las almas. Si en Europa misma se siente la necesidad de enseñar las verdades de la Religión á sinnúmero de infelices niños, esta necesidad es inmensamente mayor en los países mencionados.

Los Sumos Pontífices no han cesado de alentarnos en tamaña empresa. Repetidas veces Su Santidad Pío IX insistió con Don Bosco para que mandase misioneros á los países salvajes, y mucho ha insistido también León XIII, quien, no contento con las exhortaciones



ARCHIPIÉLAGO SALOMÓN.—Escultura en la fachada de una casa de San Cristóbal



Dibujo guerrero en la casa del común de On, en San Cristóbal. (Pág. 542)



privadas, para dar más impulso á las Misiones, escribió á todos los diocesanos, diciéndoles: «Venerables Hermanos: Os exhortamos encarecidamente á fin de que, llenos de confianza en Dios y sin que os haga desmayar dificultad alguna, os empeñéis en trabajar concorde y enérgicamente en compañía nuestra por las Misiones apostólicas. Se trata de la salvación de las almas, por las cuales nuestro Divino Redentor murió en la cruz y nos constituyó obispos y sacerdotes. Cada uno en el punto en que Dios nos ha colocado para custodia de su grey, esforcémonos para dar mayor vida á las Misiones, procurando fomentarlas con la predicación, la oración y la limosna de todos los buenos cristianos. Y si encontráis quienes celosos de la gloria de Dios se ofrezcan á tan santas expediciones, esforzad su valor para que, conocida la voluntad de Dios, sin dejarse seducir por la carne y sangre, se apresuren á obedecer la voz del Espíritu Santo.»

Estas sabias exhortaciones del Papa no dejan la menor duda sobre la importancia y oportunidad de estas expediciones, que iniciadas con gran caridad y celo por Don Bosco, procuramos continuar del mejor modo posible.

Recibiremos con vivo reconocimiento las limosnas de dinero, vestidos, ornamentos sagrados, etc. ¡Cuánto aprovecharían á nuestras pobres iglesias y capillas los vestidos guardados largos años en algunas cómodas de ricas señoras! Convertidos en ornamentos para el servicio del culto, no podría ser mejor empleada su caridad.

## CRÓNICA

**Tierra Santa.**—Acaba de abrirse en Jerusalén un gran hospital cosmopolita, y es excusado decir que las Autoridades turcas no han querido confiarlo á otras enfermeras que á nuestras heroicas Hermanas de la Caridad.

A la una de la tarde del día de la inauguración, llegó el Bajá con inusitada pompa para acompañar á las Hermanas al hospital que debían dirigir. En cuanto se las invitó á subir al coche, rompieron las músicas en alegres acordes, y el pueblo en aclamaciones entusiastas. Los guardias turcos presentaron las armas; y tal era la muchedumbre, que á duras penas pudieron los soldados abrir paso al cortejo.

Al penetrar las Religiosas en el recinto, levantóse el Bajá y les dijo en correcto francés:

—Sed bienvenidas, Hermanas mías: estoy demasiado conmovido, viendo el prodigio que habéis realizado en sólo tres días, disponiendo esta casa, para que pueda felicitarnos como sería mi deseo.

—Excelencia, contestó modestamente la H. Sión, sólo hemos cumplido con nuestro deber.

—Estoy entusiasmado, repitió el Bajá, como toda esta multitud, y me felicito por haber hecho en vosotras tan buena elección.

Estas palabras fueron acogidas con aplausos atronadores.

—¿Encontráis aquí, señores, continuó el Bajá dirigiéndose á las Autoridades, todas las cosas que deseabais?

—Por mi parte, contestó el gran Rabino, lo que más me place en este hospital, es la presencia de las Hermanas de la Caridad... Son verdaderas madres y hermanas para el enfermo, sea quien fuere, y venga de donde viniere.

Este suceso demuestra el respeto y simpatía con que son distinguidas las heroicas Hermanas de la Caridad aún en países no católicos. ¡Y hay países católicos que las rechazan! ¡Qué vergüenza!

—Un niño de diez años, perteneciente á una familia musulmana de Damun, aldea muy próxima á Nazaret, cayó á principios de Septiembre último gravemente enfermo, siendo desahuciado por los médicos. La madre, sin embargo, que había oído hablar de las bondades de la Virgen María, cuyo santuario tan cerca se hallaba, rogó en fervientes plegarias á María, á pesar de ser ella musulmana, que curase á su hijo, el cual sanó súbita y radicalmente, causando esta milagrosa curación el asombro de todo el pueblo, que en masa se dirigió á Nazaret á dar gracias á la Virgen. Los tranquilos habitantes de este pueblo quedaron sorprendidos al ver llegar un grupo de ciento cincuenta turcos, los cuales disparaban sus fusiles, mientras las mujeres y los niños entonaban alegres cánticos.

Los Padres Franciscanos, ante cuyo convento se detuvieron, no menos sorprendidos, les preguntaron qué deseaban, diciendo ellos el objeto de su visita, y expresando el deseo de penetrar en el santuario de la Virgen María, ante cuya Imagen, alumbrada al efecto por los cirios del altar, se prosternaron todos, mientras el niño, objeto de la milagrosa curación, ofrecía un cirio, un ramo de flores y un paquete de incienso. El Prior del convento entonces, imponiéndole el Libro Sagrado sobre la cabeza, leyó en alta voz el Evangelio de San Juan, en medio del más profundo silencio, y terminada la lectura bendijo en el nombre de la Santísima Trinidad á los concurrentes, que antes de marcharse acudieron uno por uno á besarle la mano. Después, los Padres Franciscanos improvisaron una comida para aquellos peregrinos de nuevo género, los cuales al entrar en el refectorio, que preside una imagen de talla de tamaño natural de Jesús crucificado, preguntaron conmovidos quién era aquel hombre que pendía de la cruz.

—El Hijo de la Virgen María, les contestaron.

—¿Y quién le ha crucificado?

—Los judíos.

—¿Qué infamia! exclamaron entonces, ¡crucificar al Hijo de una Madre tan buena!

Y su indignación contra los judíos aumentaba de tal modo, que hubo que calmarles diciéndoles que los autores de aquel crimen ya habían sido juzgados hacía tiempo por Dios.

¡Qué contraste entre las pruebas de agradecimiento de aquellos musulmanes, y la indiferencia é ingratitud tan comunes en la inmensa mayoría de los cristianos!

**Vizagapatam (Indostán).**—El Rdo. P. Tissot, superior general de los misioneros de San Francisco de Sales, de Annecy, nos comunica los siguientes pormenores de la consagración del ilustrísimo Clero, obispo de Vizagapatam (V. pág. 529):

«El 24 de Julio el estampido de los cañonazos y las campanas echadas á vuelo anunciaron la llegada á Vizagapatam del buque en que venían los Ilmos. Colgan, arzobispo de Madrás, metropolitano; Gandy, coadjutor del Arzobispo de Pondichery, y Riccaz, obispo de Nagpore, que debían tomar parte en la consagración del Ilmo. Clero.

«El día de Santa Ana la catedral, espléndidamente adornada, era insuficiente para contener á los paganos y protestantes, que guardaron la actitud más respetuosa. No pocos católicos tuvieron que permanecer en la puerta, bajo un cobertizo que se construyó oportunamente.

«El cortejo de los Prelados con dificultad se abrió paso al dirigirse á la iglesia. A la cabeza de la procesión una música, que facilitó el Maharajah de Vizianagram, tocó escogidas piezas. Más de veinte sacerdotes, casi todos misioneros de San Francisco de Sales, precedían á los Obispos, que ocupaban, con sus Vicarios generales, las carrozas del Rajah de Vizagapatam. Su Alteza asistió á las ceremonias de la coronación con sus hijas las Raneas.

«Después de la Misa, S. I. recibió los plácemes de su querida cristiandad, que le ofreció un precioso anillo, un trono episcopal, y, en nombre del Rajah, una magnífica cruz pastoral. Este Príncipe, aunque pagano, no sólo prestó sus coches, sino también muchos muebles y adornos.

«En las Vísperas de la tarde el Ilmo. Clero ofició pontificalmente y el Ilmo. Gandy dió la bendición al pueblo con el Santísimo Sacramento.



**China.**—La Congregación de Propaganda Fide ha recibido las más desconsoladoras noticias de los misioneros del Norte de la China respecto al deplorable estado moral y económico de aquel país, donde la miseria es tan grande que muchos padres venden á sus hijos, y en el Chen-si Septentrional, donde hay dos mil cristianos, varios han muerto de hambre.

La Congregación de la Propaganda enviará socorros extraordinarios para atender á tan apremiantes necesidades.

**Annobón (Golfo de Guinea).**—Desde este punto escribe con fecha 21 de Agosto último el Rdo. P. Juan Serrallonga, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María:

«Los adelantos de esta Misión de Annobón cada día se hacen más visibles. En este trimestre hemos bautizado á 23, mejor dicho, bautizamos á cuantos van naciendo, porque ya nadie se resiste á dar esta prueba de fe en la divinidad de nuestros dogmas y de nuestros Sacramentos, así como de caridad para con los recién nacidos, á quienes ocultaban los que no estaban legítimamente casados. Menguan, por fortuna, los concubenarios, de los cuales hemos logrado que contrajeran matrimonio setenta parejas. Auguramos felices esperanzas de que dentro de corto tiempo tendremos todo el pueblo de Annobón convertido en familias verdaderamente cristianas.

«El día de Santiago se acercaron á la Santa Mesa cincuenta niños para honrar al Patrón de nuestra muy querida patria. ¡Oh, y cómo se abrasaban aquellos tiernos corazones al tiempo que se les dirigía la divina palabra!

«No pretendía más que darles á conocer al Señor que iban á recibir, y cómo Jesús era el íntimo amigo de los niños, según lo demostró al decir: «Dejad que se acerquen á Mí estos pequeñuelos;» mas sus corazones se abrasaron y encendieron de tal modo, que algunos dejaron correr libremente las lágrimas por sus mejillas. ¡Pobrecitos! Son negritos, pero candorosos. ¿Quién no los estimará?... ¿Quién no mezclará con ellos las lágrimas?... ¡Ay, Padre, me las hicieron verter á pesar de toda la violencia que me hice, y jamás había distribuido la Santa Comunión con tanto gusto como en este felicísimo día.

«Dentro de poco tiempo vamos á casar algunos, aunque nos faltan vestidos de novios, por haberlos agotado anteriormente, como V. puede ver por el número de matrimonios arriba citados.»

**Estados Unidos.**—El 15 de Agosto de 1790, fecha de la consagración episcopal del Ilmo. Carroll, primer Obispo norteamericano, marca el principio de los triunfos obtenidos en los Estados Unidos por el Catolicismo, que nunca han sido mayores que durante el glorioso pontificado de León XIII. El Ilmo. Carroll sólo contaba con 30 sacerdotes, para ayudarle en su misión apostólica para con 44,500 católicos; las iglesias católicas y capillas eran pocas, y éstas pobrísimas; no había ningún seminario, ni hospital, ni hospicio, ni escuela, ni Instituto de beneficencia alguno católico, siendo el colegio de George Sorón, aun existente, el único donde podía recibirse educación católica bajo la dirección de los Padres Jesuitas.

En un siglo, la población católica ha llegado á la cifra de 10 millones, y, en vez de un solo Obispo, cuenta un Cardenal, 17 Arzobispos, 75 Obispos, que gobiernan 14 provincias eclesíasticas, 80 diócesis y cinco vicariatos apostólicos. Los 30 sacerdotes se han convertido en 9,388, de los cuales 2,443 pertenecen al clero regular, y las escasas y pobrísimas iglesias en 8,477 templos, entre los que hay varias catedrales que, por su grandiosa arquitectura y riqueza interior, pueden competir con las de Europa. Hay que añadir 5,248 capillas, 36 seminarios, 245 asilos infantiles, 463 institutos benéficos, 127 colegios y 656 academias, y para la educación de la juventud de ambos sexos nada menos que 3,587 escuelas parroquiales, la mayor parte de las cuales, así como las academias y colegios, se encuentran bajo la dirección de las diversas Ordenes religiosas que en los Estados Unidos florecen y se multiplican, con gran beneficio para las almas y gloria de la Iglesia.

Sólo los Jesuitas tienen allí 37 colegios con 7,038 alumnos.

—Entre los vicariatos apostólicos de los Estados Unidos, debe citarse al de la región de Idaho como el más próspero en el desarrollo del Catolicismo. En efecto, de 2,000 católicos que había

en 1868, cuenta hoy con más de 10,000. Este visible desarrollo religioso impulsó al Vicario apostólico á rogar al Padre Santo que convirtiese en diócesis aquel vicariato, á lo cual ha accedido Su Santidad nombrando obispo á Mons. Alfonso Llorieux, cuya residencia será en adelante la ciudad de Boise-City.

—Sólo en el Arzobispado de Baltimore han sido recibidos en el seno de la Iglesia católica durante el año 1892, 775 protestantes.

El cardenal Gibbons, primado de la América del Norte, que, como el difunto cardenal Manning, tanto se ha ocupado de las clases trabajadoras, captándose por ello las generales simpatías de los norteamericanos, ha celebrado el vigésimoquinto aniversario de su consagración episcopal, recibiendo con tal motivo gran número de valiosos regalos, y entre ellos uno de Su Santidad, acompañado de una afectuosa carta de felicitación.

**México.**—Hace doscientos veintiséis años que comenzó á edificarse la Catedral de Méjico sobre el solar de un antiguo templo azteca ó *teocalli*. Duraron los trabajos de edificación noventa y cuatro años, y costaron 1,579,000 pesos. De Norte á Sur mide 118 metros, y de Este á Oeste 54. Las obras se terminaron en 1791, en plena dominación española. Las torres tienen la elevación de 68 metros. Existe allí una custodia de 90 centímetros de altura y que pesa 88 marcos de oro, que contiene 5,872 brillantes, 2,653 esmeraldas, 544 rubíes, 106 amatistas y 28 záfiro. Costó esta alhaja 100,000 pesos á D. José Borda, minero en Tasco.

**América Meridional.**—El P. Fr. Pablo Fernández, M. O., prefecto de las Misiones del Colegio de la Paz, en Bolivia, escribe al Padre Procurador general el 16 de Enero de 1893:

«Actualmente necesitamos muchos individuos por hacer frente á los trabajos de Misiones tanto entre fieles como infieles; y ¿qué haremos? Tendremos que sucumbir, pero sucumbiremos al pie del cañón.

«Este Colegio tenía antes ocho Misiones: Covendo, Santa Ana, Huchanes, Chimanes, San José Sumupara, Tocomonas y los Araonas, que estaban ya medio conquistadas y por falta de operarios no se pudo llevar adelante su conquista. Hoy día no tenemos más que cinco: Covendo, Santa Ana, San José, Sumupara y Iyiamas; Cavinas y Chimanes se dejaron por falta de quien las ayude, y los Huchanes viven en Santa Ana. Covendo está dirigido por el Padre Felipe de Dase, hijo de nuestra provincia. Al principio tuvo tercianas (tributo que pagamos todos los que entramos por primera vez en las Misiones), pero ahora está sano y bueno. Es un Padre infatigable. La escuela la tiene bien arreglada, lo mismo que el pueblo.

«El P. Cesáreo Fernandez, hijo también de nuestra provincia y prefecto de Misiones, administra la Misión de Santa Ana. Hace más de veinte años que vive con sus santaneños, y á pesar de tener que padecer mil privaciones no es capaz de abandonar á sus neófitos; ya está el pobre casi anciano; me pide por compañero siquiera un lego, y no sé si podré dársele, tal es la escasez de individuos con que cuenta la Comunidad. Las orquestas ó músicas de Covendo y Santa Ana son buenas, las voces de los chiquitines, angelicales.

«El viaje de La Paz á las dos Misiones de que le he hablado se hace parte por tierra, parte por agua: de La Paz á Miguilla á lomo de mula se puede andar por dos caminos; uno río abajo, pero es muy incómodo, porque á cada paso hay que vadear el río, pasándolo mojándose los pies y durmiendo al campo raso; otro rodeando por Yungas pasando los pueblos de Tanacachi, Churca, Chulumani y Toupana: este camino es más largo, pero más cómodo. De Miguilla se hace toda la bajada hasta las dos Misiones, arriba mencionadas, por navegación en balsa, que consiste en siete palos reunidos ó clavados con chonta.»

**Noticias varias.**—Los celosos Padres misioneros Capuchinos de las Carolinas han publicado un *Diccionario*, el primero que tenemos, de la lengua kanaka ó de las Carolinas Orientales. Abraza tres partes: conteniendo la primera, una *gramática* bastante completa de dicha lengua; la segunda, el *Vocabulario* ó *Diccionario*; y la tercera, varios y muy útiles ejercicios prácticos. El autor de esta interesante obra es el laborioso é ilustrado padre Agustín M.<sup>a</sup> de Arínez.



## VARIEDADES

EL SENADOR SHERMAN Y LOS INDIOS

Aceptarse por América el presente de las carabelas españolas (leemos en la *Revista Católica*, periódico de Las Vegas, Nuevo Méjico), reproducción exacta de las que llevaron á Colón y compañeros á través del *mar tenebroso*, de donde surgió como por encanto el Nuevo Mundo, el senador Sherman, estadista americano y protestante, pronunció un discurso lleno de buen gusto é imparcialidad, del que nos place extractar alguno que otro concepto.

«Por medio de la injusticia y crueldad, dijo, las principales naciones de Europa se apoderaron de todas las partes de América y las sujetaron á su imperio ó poderío. Pero es debido á los españoles, á los franceses y á los portugueses el que si por una parte sus conquistas de las tribus nativas fueron acompañadas de crueldad; por otra conservaron el cuerpo de la población indígena y aun lo injertaron en el elemento conquistador, originándose de ello la formación de dieciséis repúblicas independientes, pobladas principalmente por descendientes de las tribus indígenas de América; mientras la dominación anglo-sajona tuvo por resultado el exterminio sin piedad ni remordimiento de las tribus salvajes donde quiera que nuestra raza ha puesto el pie.»

El paralelo hecho por el senador Sherman entre los conquistadores de raza latina y los conquistadores de raza sajona, no es nada exagerado, á lo menos por lo tocante al espíritu de *conservación* de aquélla y el espíritu de *destrucción* de ésta. Tal es el dictamen de la historia contemporánea, citada á grandes rasgos por el mismo estadista americano.

En efecto, los anglo-sajones colonizaron el actual territorio de los Estados Unidos, y ¿dónde están los aborígenes? Los pocos que aun quedan, se hallan arrinconados en puntos, casi diríamos microscópicos, y se los sigue arrinconando cada día más. «Los anglo-sajones colonizaron á Australia, y un nativo australiano es hoy un espectáculo tan raro allí, como lo sería un iroqués en Búfalo ó Nueva York. Los anglo-sajones colonizaron á Tasmania, y ya han trascurrido cuarenta años desde que se murió el último individuo de aquella raza belicosa. Colonizaron al Africa del Sur, y ya están barriendo con la mayor prontitud de Capetown al elemento indígena: colonizaron á la Nueva Zelandia, y el noble maori ya está desapareciendo ante la marcha de la civilización: colonizaron á Hawaii, ayudados por *misioneros* americanos, y el noventa por ciento de la población indígena ha quedado aplastado bajo la férrea bota de los colonizadores.»

Todo lo contrario, en decir del mismo senador Sherman, ha sucedido en los países colonizados por la raza latina, como puede verse en Sud América, Méjico y las islas Filipinas. Lo propio se echa de ver en las comarcas de menor importancia descubiertas y sujetadas por España, Portugal y Francia.

No entraba, por cierto, en las miras del senador Sherman dar la razón de resultados tan diferentes. Mas esta razón podemos darla nosotros mismos sin que haya

riesgo de vernos desmentidos. Los españoles, los portugueses y los franceses han preservado las razas indígenas, porque, aun prescindiendo de los gobernantes, sus conquistadores y colonizadores eran católicos; y la Religión católica ha sido para ellos un freno saludable contra la codicia desmedida y la libre satisfacción de otras brutales pasiones. La falta de este freno entre los conquistadores y colonizadores de raza anglo-sajona explica muy bien el total ó casi total exterminio de los indígenas que ellos querían civilizar y cristianizar. Eso no quita que, aun entre los conquistadores y colonizadores de raza latina, no haya habido hombres muy codiciosos y crueles: mas, sobre que esto no podía menos de ser así, atendida la dificultad de escoger sólo lo mejor para organizar las expediciones, es un hecho puesto al abrigo de toda duda que, frente á frente de esos buitres en forma humana, se hallaban sacerdotes y Religiosos, quienes hablando en nombre de la caridad católica, refrenaban su codicia y crueldad, y les enseñaban que el indígena también había sido criado á imagen y semejanza de Dios y redimido por Jesucristo.

Partiendo de estos principios, la Iglesia católica ha sido siempre la madre cariñosa de los indios. Hace apenas dos años que el R. Mr. Downey, ministro protestante, decía en un púlpito de Brooklyn: «Nunca me he quedado más edificado que cuando he visto las multitudes de niños católicos nativos repasando sus lecciones al ir á la escuela de la colonia portuguesa de San Pablo de Loanda en la costa occidental de Africa.» ¡Cuántos testimonios parecidos á éste, y saliendo también de labios protestantes, podríamos citar aquí! Es que la Iglesia católica tiene la misión divina de enseñar á todas las naciones, y extender la caridad de Cristo á todas las comarcas. A tal misión divina corresponde naturalmente el auxilio divino. De aquí lo abundante de su cosecha aun entre los más bárbaros, á pesar de lo escaso de sus recursos materiales y las dificultades que tiene que vencer.

Debido á la falta de esta misión divina, el Protestantismo no hace grandes progresos, que digamos, en la obra de civilizar y cristianizar á los aborígenes. Oigamos lo que dice con este motivo nuestro apreciable colega *The Catholic Review*, de Brooklyn:

«Si quisiéramos formar un juicio exacto de los resultados prácticos de las Misiones *evangelicas*, podríamos servirnos de dos ejemplos notables que nos presentan dos naciones, en cuyo seno el celo protestante ha podido desplegarse sin el más mínimo obstáculo, siendo además poderosamente ayudado por el influjo político y el oro sin tasa. En la India inglesa, bien que los gastos de las Sociedades misioneras suban cada año á más de diez millones de duros, sabemos por confesión de aquel hombre verdaderamente grande y estimable, el obispo Heber, que la obra *evangelica* ha sido allí un fracaso completo. En las islas Sandwich, el éxito de los esfuerzos de los misioneros y de sus Misiones se ha reducido á barrer, en un siglo solamente, las nueve décimas partes de una noble raza, y dejar lo que queda, maleado ya por los vicios y las enfermedades, como una mancha negra en el rostro radiante de la reina del Pacífico.»

Lo repetimos; el senador Sherman no podía regalar á sus oyentes con estas reflexiones; mas su silencio so-



bre el particular ha sido abundantemente compensado por su noble imparcialidad en contraponer los resultados del espíritu colonizador de la raza latina ó católica, y de la raza anglosajona ó protestante. No es, por cierto, esta última raza la que se lleva la palma.

¡Y sin embargo, condenados estamos á oír siempre hablar de la *crueldad* de los *romanistas* para con los «pobres é inocentes indígenas!»

#### EMIN BAJÁ.—PORMENORES DE SU MUERTE

De los tres célebres exploradores del continente negro, Livingstone, el general Gordón y Emin-Bajá, no quedaba vivo más que este último, el «bajá blanco», como le llamaban los indígenas.

Ciego y abandonado de todo el mundo, después de haber sido señor absoluto del floreciente imperio que creó su constancia en el Africa Ecuatorial, vióse reducido últimamente Emin á abandonar sus territorios, sumidos de nuevo en la barbarie por obra de la celosa vanidad de Stanley, y á buscar refugio más seguro en otras tierras. Treinta soldados nubios constituían su única escolta. Cien veces durante su peregrinación llegó hasta Europa la noticia de que había sido cogido prisionero y muerto por sus enemigos eternos, los árabes monopolizadores de la trata de esclavos, que á fuerza de energía logró extirpar Emin-bajá de sus provincias. Hasta que al cabo la nueva de la muerte del civilizador blanco se ha confirmado.

Rendido por los sufrimientos, el cansancio y el hambre, después de haber atravesado el país de Ricumba, llegó Emin á una población árabe del país de Manny-ma, y confiando en la generosidad de sus enemigos y en sus principios sobre el sagrado de la hospitalidad, se entregó á ellos.

Mientras aguardaba la llegada del jefe para revelar le quién era, un grupo de árabes se acercó á él preguntándole dónde iba.

—Voy á la costa, replicó el explorador.

—Tú eres Emin, el que mataba á los árabes en el lago Victoria, y voy á matarte, dijo uno de los árabes.

Y sacando un yatagán, se abalanzó sobre Emin y le degolló de un tajo.

Los treinta guardias nubios fueron muertos en seguida, y los cuerpos entregados al populacho, que hizo con ellos un festín.

Emin era alemán, tenía cincuenta y tres años, se llamaba en realidad Eduardo Schnitzer, y el relato de su vida es un tejido de aventuras extraordinarias: médico en Berlín, Viena y París; secretario y acompañante de Hakkí-bajá en sus viajes oficiales por Siria, Armenia y Arabia; empleado turco en Scutari; favorito de Ismail-bajá y desterrado con éste á Trebizonda; se hace mahometano, de judío que era, por amor á la mujer de Ismail, á quien envenenó, según dicen sus enemigos, para casarse con su viuda; entra después en el ejército turco en clase de médico; el general Gordón le elige para que le acompañe en su viaje al Sudán, y acaba por hacerle gobernador de la provincia ecuatorial de Egipto.

En este puesto fué donde Emin reveló sus grandes condiciones de administrador y de colonizador. Se hace

amigo íntimo de los soberanos vecinos, el poderoso emperador negro de Uganda, el célebre Mtesa, y Kabrega, el sultán de Unyoro. Dota de vías de comunicación su provincia, y extiende sus límites; saca de su pereza ingénita á los habitantes, y les hace ricos con el comercio y el cultivo del algodón, del añil, el café, el arroz y la caña dulce; hace de la capital, Lado, una población importantísima, y en una palabra, convierte los territorios de su mando en un imperio más rico que Egipto, su metrópoli, y de donde irradia la civilización para todo el centro del Africa.

En esto aparece Stanley, y su llegada sirve de señal para destruirlo todo.

Cuando la muerte de Gordón y la caída de Jartum en poder de los madhistas, Emin tuvo que retirarse á Wadelai, y sitiado allí por los fanáticos rebeldes, pidió auxilio á Europa, considerando apuradísima su situación: dos expediciones mandadas por el Dr. Fischer y Oscar Lenz, acudieron en socorro suyo, sin conseguir nada práctico en tal sentido. Entonces se recurrió á Stanley.

Después de dos años de rudas marchas por países devastados por el hambre y la guerra, el explorador de cartel llegó hasta donde estaba Emin..., y se encontró con que éste no necesitaba ya auxilio de ningún género.

Volverse á Europa sin Emin era un fracaso para Stanley, porque equivalía á quitarle á éste todo el efecto teatral de su expedición, pasarse más de dos años haciendo el admirado y aplaudido papel de salvador de Emin, y resultar que Emin no necesitaba que le salvaran, constituía una situación ridícula, y Stanley no podía consentir tamaño ultraje á su vanidad. Además, había de por medio la circunstancia de que Emin había logrado el solo en Ecuatoria resultados de civilización y de prosperidad que Stanley, con todo el dinero europeo, no había logrado en el Congo: esto tampoco agradaba al explorador angloamericano.

Entre Emin y Stanley se entabló una lucha, pugnando el primero por quedarse, é insistiendo el segundo en llevarsele. Las tropas de Emin tomaron el partido de su jefe; entonces Stanley mandó á sus zanzibarianos, armados de fusiles de repetición, que prendieran á los principales partidarios de Emin; unos fueron muertos, azotados otros, y Emin vencido tuvo que acompañar como prisionero más que como salvado, á Stanley.

Sólo que al llegar á país civilizado en la costa, recobró la libertad y se volvió á su provincia ecuatorial, aunque no sin enviar á Europa cartas narrando lo ocurrido, y que fueron el principio de la ruina de la reputación de Stanley.

Al regresar Emin á Ecuatoria encontró su imperio deshecho. Durante su ausencia habían caído sus antiguos súbditos bajo el poder de un árabe audaz, Faal-el-Mula; reinaba la anarquía en todas partes; los cultivos y el comercio habían sido abandonados; el ejército, desorganizado, se componía sólo de coroneles y comandantes, pues ningún soldado se contentaba con ser menos; la población emigraba á toda prisa.

Y he aquí cómo concluyó en manos de Stanley la obra de Emin.